

El **CORSA RIO** **AZUL**

F. Botaf

DIEGO el
NEGRO
POR J. LEÓN



Table of Contents

Diego el Negro

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XII

Créditos

Notas a pie de página

Annotation

Diego de Villegas, 'El Corsario Azul', está desesperado por que no consigue atrapar al escurridizo pirata Walter Scout. Como último recurso, decide infiltrarse, junto con sus lugartenientes, en su tripulación.

Diego el Negro

El **CORSARIO** **AZUL**

RO J. LEÓN



Diego el Negro

Ediciones  *Cliper*

PUBLICADOS

1. —Aventureros del mar
2. —La Máscara
3. —La venganza de la Máscara
4. —Tormenta sobre Yucatán
5. —Diego el Negro

El próximo:

6. —Tambores negros

Primera edición: Abril 1949

NOTA: Los nombres de los personajes y las situaciones en que se suceden los relatos publicados en esta colección, son únicamente fruto de la imaginación de sus autores, por lo cual nadie puede darse por aludido en el caso de una posible coincidencia.

Es propiedad de EDICIONES CLÍPER

PONSA, impresor —Iradier, 5A— Barcelona



CAPITULO PRIMERO

UNA CARRERA TRIUNFAL

EL navío que se detuvo en el puerto de Santo Domingo aquella mañana presentaba innegables pruebas de haber sostenido un duro combate. Cuando desembarcaron los marineros, en los mesones y los tugurios del barrio del puerto se oía pronunciar un nombre:

—¡Walter Stout!

El capitán se presentó a las autoridades marinas y les dio su informe:

—Nos bombardeó, persiguiéndonos durante un buen trecho, aunque inútilmente. Pudimos ver el nombre de su buque “Revenge”¹.

—Es la nave de Walter Stout.

* * *

El galeón navegaba a toda veda, respondiendo a los disparos del navío enemigo. Su capitán daba órdenes sin descanso, disponiéndose a repeler el ataque.

Con su catalejo enfiló la nave que le perseguía. En la popa flameaba la bandera negra de “La Hermandad de la Cosita” y pudo leer su nombre, “Revenge”.

—¡Es el buque de Stout! —exclamó.

Lentamente el filibustero se acercaba al galeón. El capitán le gritó al contraestre:

—Listos para repeler el abordaje.

Los marineros tomaron los machetes y se dispusieron a vender cara su vida, mientras el buque enemigo se abalanzaba sobre él, disparando andanadas.

Los garfios volaron por el aire y fueron a caer sobre el galeón, haciendo presa en la borda.

Con horrorosos gritos, los bucaneros asaltaron la nave. En cabeza marchaba un hombre de mediana talla pero robusto, vestido con ropas de marinero, que esgrimía una espada. Era Walter Stout.

Los españoles lucharon con denuedo y valor, pero el número de los filibusteros les arrolló. Sin piedad, les acuchillaron. Los pocos que lograron salvarse fueron encarcelados en la bodega.

—Pagarán bien por ellos en Jamaica —dijo el filibustero.

Luego los proscritos se lanzaron sobre las mercancías de la nave.

* * *

En una cueva, iluminada por la luz de las antorchas cuyo humo ennegrecía la bóveda, varios hombres contaban el botín capturado en varias expediciones.

Separaban las joyas, las telas y el dinero. La plata y el oro sin acuñar era entregado a un anciano que lo fundía en un caldero, convirtiéndolo en lingotes.

A la temblorosa luz de las antorchas, los filibusteros presentaban un tétrico aspecto. Sus ropas usadas, sus torsos desnudos y sus pañuelos de vivos colores les daban un aire de sanguinarios bufones. Iban todos armados, más por costumbre que por necesidad.

Hasta los bucaneros llegaba el rumor de las olas al romperse sobre la arena.

Walter Stout y Sharpples dirigían los trabajos. Una sonrisa de satisfacción alegraba el semblante del capitán. El botín capturado representaba ya una gran fortuna y aun confiaba en obtener más.

Uno de los bucaneros se acercó a Walter.

—¿Cuándo regresamos a la Tortuga?

Stout negó con la cabeza.

—Aun no es el momento de regresar. Partiremos nuevamente hacia la ruta del Caribe.

El filibustero se irguió ofendido.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Queréis aún más botín?

—No discutas y obedece.

—Quizá lo que queréis es que no quedemos ninguno con vida y gozar vos solo de la riqueza capturada.

Sin más palabras, Stout amartilló una pistola y descerrajó un tiro al bucanero. Este se desplomó, profiriendo un lamento.

Por un instante nadie habló, dominados todos por el estupor. Luego, alguien dijo:

—Esto es un asesinato. A nadie debe negársele el derecho a defenderse.

Stout examinó al que hablara.

—¿Eso opinas, Mose? Bien, a ti te doy el derecho que pides.

El capitán desenfundó su acero y se lanzó sobre el llamado Mose. Este empuñó su machete y comenzó la lucha.

A la luz de las antorchas, saltando sobre las piedras y los montículos de arena, se batían los dos proscritos. Sus compañeros se apartaban para no impedirles los movimientos.

Pero Mose tenía pocas esperanzas. Walter Stout estaba reputado como uno de los mejores esgrimistas del Caribe y a los pocos minutos había atravesado el cuerpo de su subordinado.

Por toda la Tortuga corrió la voz:

—¡Llega Walter Stout!

Un gran gentío se agolpó en el muelle. Vitoreaban todos al buque que atracaba, mientras las pérdidas del puerto hacían señas a los filibusteros del “Revenge”.

El navío atracó entre la alegría de todos los que llenaban el muelle. Los mercaderes se frotaban las manos, pensando en el botín que podrían adquirir de los bucaneros. Era cierto que su negocio no carecía de riesgos, pues cualquier discusión se convertía en una reyerta, y, además, debían pagar buenos precios, para acallar la furia de los proscritos, pero así y todo el beneficio que obtenían era muy grande.

Se labraron bastantes fortunas adquiriendo los despojos de los saqueos, que después se enviaban a Francia, donde a su vez los adquirirían los aristócratas.

Los mercaderes de esclavos se alegraban también de la llegada de Stout, pues en breve podrían surtir de carne humana las plantaciones inglesas y francesas.

Walter, seguido de su segundo, se dirigió a la posada “Le Brave Boucaniere”.

Stout se sentó en una mesa, rodeado por sus principales ayudantes. Se veía allí a su contramaestre Hooper, de largos brazos y velludo pecho, y al jefe de los artilleros, Frank Vandervelde, rubio y colorado.

El nuevo segundo de Walter, era el antiguo piloto de Morgan, Bartholomew Sharples, que al quedar vacante la plaza por muerte del antiguo, había abandonado a Henry, ansioso de recibir parte de la fama que comenzaba a bruñir el nombre de Walter Stout. El atildado aspecto de Sharples contrastaba con el aspecto brutal de su capitán.

Se veía también a Henry Montacute, que mandaba los mosquetes por haber sido sargento de las tropas de Su Graciosa Majestad.

Henry Morgan, Edward Davis y Van Horn entraron a su vez en la posada.

—Se os saluda, capitán Stout —dijo el primero.

Walter respondió con una orgullosa sonrisa.

—Sentaos, amigos —invitó—, que debemos celebrar el éxito de mi última expedición.

—Es preferible que nos retiremos a la habitación que nos tienen reservada. Allí nadie nos molestará y podremos hablar más cómodamente —propuso Van Horn.

Asintió Stout y se puso en pie, guiando a los demás capitanes hacia el lugar donde solían celebrar sus conferencias.

Sharples les siguió a corta distancia. Aunque le agradaba tratarse

con los jefes, y debido a su grado era su derecho, se sentía cohibido en presencia de Henry Morgan. El rollizo galés le miraba, sin abandonar su eterna sonrisa, y aunque le hablaba con amabilidad, algo en su mirada inquietaba a Bartholomew.

Ni que decir tiene que Morgan encontró al instante un nuevo piloto. Thomas Brodeley, experto marino, pero dotado de un carácter ruin y avaricioso.

Se sentaron los marineros alrededor de la mesa y pidieron que les sirvieran vino y ron de Jamaica.

Henry Morgan, que era el capitán de más prestigio una vez desaparecido L'Olonais, alzó su vaso.

—Por vuestros triunfos, Stout.

Brindaron todos por el buen éxito de las empresas de Walter y éste agradeció el cumplido.

—Debo reconocer un acierto —añadió Henry—. Que habéis sabido evitar las luchas con los buques de la flota del Caribe.

—Y con Villegas —agregó Davis.

—Es que no me arriesgo más de lo necesario —explicó Stout—. Lucho cuando debo asaltar un buque, pero en caso contrario no me importa soltar el trapo y alejarme de aquellos lugares. Yo pienso seguir la empresa tal como se ha entendido siempre, sin intentar innovaciones. No me seducen las aventuras de tierra; yo soy hombre de mar.

—Sin embargo —objetó Van Horn—, permanecéis alejado del puerto más que ninguno de nosotros. Vuestras expediciones duran mucho tiempo.

Stout sonrió, como hombre que está en posesión de un secreto, y cambió una mirada de inteligencia con Bartholomew Sharples.

—Es que calculo muy bien mis pasos —respondió.

—No me diréis que os trazáis un itinerario en el mar —objetó Van Horn—. Haréis como todos: seguir la ruta del Caribe y detener a todas las naves que encontréis.

—En cierto modo, sí —dijo Walter—. Pero... En fin, creo que os puedo confiar mi secreto. He descubierto una isla, no muy separada de la ruta de los galeones, que se halla bien protegida y completamente desierta. Durante mis expediciones suelo ocultarme allí. De este modo no me encuentran los buques que me persiguen por la ruta del Caribe. Deposito allí el botín capturado y vuelvo a hacerme a la vela. Cuando he reunido bastante cantidad, lo embarco y regreso a la Tortuga, separándome de la ruta de los mercantes, y de este modo evito a los buques de guerra.

Morgan asintió, acariciándose el pronunciado mentón.

—Es una buena idea. De ese modo no es fácil que os capturen —comentó.

—Me parece un exceso de prudencia —dijo Davis.

Walter se puso en pie furioso. Sus diminutos ojos brillaban de cólera.

—¿Qué es lo que insinuáis?

Morgan se puso en pie a su vez para impedir la reyerta.

—No creo que Edward haya querido tacharos de cobarde. Vuestro valor es bien reconocido.

Davis asintió:

—Quise decir tan solo que me parecía innecesaria tanta precaución, pero es posible que obréis bien.

Thomas Brodeley se había puesto en pie y cautelosamente se acercó a la puerta. La abrió de improviso y todos pudieron ver a uno de los criados de la posada que escuchaba con el oído pegado a la cerradura.

—¡Te voy a despellejar, bergante!

El criado se irguió al instante y le gritó:

—¡Cuernos de Satanás! ¿Qué os habéis creído?

La exclamación, dicha en castellano, y la actitud del criado, detuvieron al filibustero.

—¡Es un espía de los españoles! —gritó.

Taboada, pues él era el criado, descargó un seco golpe en el mentón de Brodeley, que se desplomó como un fardo. Luego echó a correr y saltó por una ventana.

Van Horn tomó una de las pistolas que lucía al cinto e hizo fuego sobre el fugitivo. Luego se asomaron todos, mirando hacia la calle. El criado huía a toda prisa, doblando una esquina en aquel momento.

CAPITULO II

EL ÚLTIMO SERVICIO

Taboada corría por la calle, llevándose la mano al hombro herido. A su paso dejaba un reguero de sangre.

Sentía un profundo dolor en el pecho y la vista se le nublaba a veces. Con frecuencia corría a ciegas, sin poder mirar dónde ponía los pies, pero un supremo esfuerzo de voluntad le empujaba a seguir adelante.

Walter Stout se había convertido en una seria amenaza para el comercio español en las Indias Occidentales. Inútilmente le habían buscado las naves de guerra y los corsarios sin lograr atraparte jamás. Taboada poseía su secreto. Ciertamente que la información no era completa y que jamás sabría el resto, pero podría indicar a sus superiores la causa por la que jamás lograban atrapar a Stout en la ruta del Caribe.

Taboada sintió que se ahogaba y por un instante debió detenerse, apoyándose en la pared. Oyó un griterío a cierta distancia. No era por temor a la muerte. Desgraciadamente, ya no tenía salvación, pero si le capturaban los bucaneros, no podría entregar su mensaje, y entonces Stout continuaría su carrera triunfal de saqueos y asesinatos.

La voluntad le mantuvo en pie y continuó su carrera. A toda prisa salió de la población. Se detuvo unos instantes, colocándose un pañuelo en la herida, que detuviera la hemorragia.

Se ocultó entre unos cañaverales que se alzaban a corta distancia de la población y descansó unos segundos. Al mismo tiempo examinó el rojo guiñapo que había sido su pañuelo. La sangre seguía manando de la herida y todo su cuerpo y ropas aparecían bañadas en líquido rojo y viscoso.

Se colocó un girón de la blusa en la herida y salió de su escondite. Creía haber desorientado a sus perseguidores y por tanto podría presentarse impunemente en casa de sus ayudantes.

Se acercó a una choza de pescadores y llamó con precaución. Una mujer de piel cetrina le abrió la puerta.

—Buenos días nos dé Dios —saludó la india.

Taboada entró en la cabaña. Como si únicamente su voluntad le hubiera sostenido, el español se desplomó sin conocimiento.

La india se apresuró a cerrar la puerta y llamó:

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

Un indio viejo acudió con presteza, y entre los dos acostaron a Gabriel en el lecho del matrimonio. El anciano le dio a beber el ponche dulce que destilaban los indios de las Antillas, y el español

volvió en sí. Abrió penosamente los ojos y recorrió la habitación con la vista, como si no recordara dónde estaba en aquellos momentos.

De pronto se incorporó en el lecho. Debido al esfuerzo se abrió nuevamente la herida y Taboada hizo un gesto de dolor. Apretó los labios, al tiempo que palidecía. Su frente se perló de sudor viscoso. Luego se serenó y dijo:

—Lorenzo, debes llevar un mensaje a Santo Domingo.

—Yo obedezco a su merced.

—Debes ir a ver al Gobernador y mostrarle esto a la guardia —añadió, entregándole un anillo al anciano—. Así te dejarán pasar. Taboada hizo una pausa y luego agregó: —Le dirás que yo he muerto, pero que antes pude averiguar que Walter Stout se oculta en una isla alejada de la ruta del Caribe. Que permanece allí, mientras los demás...— El herido no pudo seguir. El esfuerzo que había realizado para llegar a la vivienda de los pescadores le agotó por completo. Apoyó la cabeza en la almohada y balbuceó: —Lorenzo, prometerás que harás lo que te digo.

Orgullosamente, respondió el indio:

—Yo cumplo el servicio del rey.

* * *

Villegas, Martín Ohando y Pérez de Lerma se divertían en el mesón “La Espada de Toledo”, el más conocido de las Cuatro Calles. Se veía siempre repleto de aventureros, soldados de fortuna, hidalgos orgullosos que no poseían un maravedí y segundones recién llegados de España que confiaban en que en las Indias Occidentales la suerte les sería más propicia.

Representaban, sentados en aquellas mesas, sin más fortuna que sus tizonas, el máximo exponente de una raza genial, cuyos hijos recorrieron el mundo, abriendo a cintarazos los caminos de la civilización. A pesar de que los tres corsarios eran bien recibidos en las esferas elegantes de la ciudad y que con frecuencia asistían a las recepciones dadas por el Gobernador, les agradaba frecuentar los mesones y las posadas, en las que se reunían los hombres de su temple.

Entre la clientela de “La Espada de Toledo”, el capitán y sus dos oficiales eran siempre recibidos con grandes muestras de aprecio y de respeto.. Eran muchos los moradores de las Cuatro Calles que deseaban enrolarse en “El Antillano”, y, además, la fama de Villegas le hacía ser muy popular entre aquellos aventureros orgullosos y pendencieros que nada respetaban tanto como el valor.

Pero aquella noche no parecían muy alegres. Respondían con amabilidad, pero sin entusiasmo, a los saludos que les dirigían.

Declinaron varias partidas de dados y no prestaron atención a las alegres sonrisas que les dedicaban las mozas del mesón.

Permanecían silenciosos y cabizbajos, mientras bebían largos tragos de vino. Villegas miraba fijamente ante sí, Pérez de Lerma se retorció el bigote y Ohando tectleaba sobre la mesa.

Diego recordaba la dolida queja que el Gobernador le hizo en nombre de los navegantes.

—Por mucho que hacéis, Walter Stout sigue capturando buques a lo largo de la ruta del Caribe —le había dicho.

El capitán se puso en pie y exclamó:

—Si creéis, excelencia, que he olvidado mis deberes o si encontráis alguna negligencia en mi comportamiento, os entrego la dimisión de mi grado.

—Calmaos —le había rogado el Gobernador—. Nadie pretende tal cosa. Lo único que hago es transmitir las quejas de los comerciantes de la ciudad. No os acuso de nada; lo único que hago es pedir que capturéis a Walter Stout.

De muy mal humor, se reunió Villegas con sus amigos y les comunicó lo que el Gobernador había tenido a bien decirle.

Ohando lanzó algunas maldiciones y cubrió a los mercaderes con todos los insultos de su variado vocabulario. Pérez de Lerma se retorció el bigote y golpeó la empuñadura de su tizona.

—Tarde o temprano caerá ese filibustero —exclamó.

—Sí —respondió Diego—. Caerá tarde o temprano. Pero lo que me temo es que si tardamos mucho, los mercaderes van a exigir al almirante que nos destituya.

—¿Crees que lo haría Montemayor?

—Se vería obligado. Los comerciantes son quienes mandan en el cabildo. Y no sería lo peor que nos destituyesen, ya que una ocupación u otra encontraríamos. Si no que nadie lograría apartar de nuestros nombres la mancha del fracaso.

Decidieron marcharse al mesón “La Espada de Toledo”, donde podrían olvidarse de las preocupaciones. Sin embargo no lo lograron. Villegas había recorrido una y otra vez la ruta del Caribe sin encontrar el buque de Stout. Permaneció mucho tiempo en el mar, exponiéndose a que se le agotaran las provisiones y no logró encontrar el “Revenge”. Pero esto no lo tenían en cuenta los comerciantes, como tampoco recordaban que él fué quien mató a Lope Alvarez, quien hizo desaparecer a La Máscara y quien frustró la operación de François L’Olonais en Yucatán. Los hombres pacíficos, que jamás exponían la vida, no pagaban los sufrimientos pasados ni el dolor ni el peligro. Ellos tan sólo tenían en cuenta el triunfo.

Diego vació un nuevo vaso de vino y se sumió en sus tristes reflexiones.

De pronto, un lacayo con la librea del Gobernador se abrió paso entre los clientes del mesón hasta llegar junto a Villegas.

—Señor capitán —dijo inclinándose—. Su Excelencia os ruega que vayáis a verle.

El corsario se puso en pie.

—Bueno-exclamó —. Ya llegó lo que temíamos. Stout habrá capturado algún nuevo buque y los mercanchifles deben haber vaciado toda su cólera sobre el Gobernador. Voy a recibir la baja.

Pérez de Lerma y Ohando se pusieron en pie a su vez.

—Nosotros te acompañaremos —dijo Juan.

—Es a mí solo a quien quiere ver. Yo respondo de lo que hacen mis oficiales.

—Sí, pero yo les diré unas cuantas cosas a los mercaderes —agregó Ohando—. ¡Por Satanás, que no se retira la confianza en unos caballeros como si fueran simples lacayos!

Villegas sonrió, agradeciendo la gratitud de sus amigos y, tomando las capas y los chambergos, se encaminaron los tres corsarios al palacio del Gobernador.

Como estaban convencidos de que iban a dejar de mandar “El Antillano” entraron en la residencia con aire de orgulloso desafío. La guardia les saludó con respeto y Pérez de Lerma se dijo que era una lástima, ya que de no ser así habría desafiado al oficial.

Por su parte, los servidores del Gobernador se inclinaron a su paso.

De un modo curioso el abatimiento de los tres corsarios se trocó en hilaridad al imaginarse que iban a pelearse con el Gobernador y sin razón alguna se echaron a reír. Todo el edificio tembló ante las risotadas de Ohando.

De pronto se abrió una puerta y un lacayo informó:

—Señor capitán Villegas, podéis pasar.

Seguido por sus dos compañeros, el corsario entró en el despacho del Gobernador. Con la mano orgullosamente apoyada en la cintura, los tres amigos se acercaron a la mesa tras la que se sentaba el Gobernador. Este enarcó las cejas al ver a Ohando y a Pérez de Lerma. Recorrió con la mirada los audaces semblantes de los jóvenes y sonrió ligeramente.

Supuso a qué se debía aquella expresión de orgullosa burla y para qué habían acompañado al capitán sus dos ayudantes.

Habéis tenido una buena idea al venir a la entrevista con vuestros oficiales, señor capitán —dijo.

Los tres corsarios se miraron con asombro. ¿Sería aquello una nueva burla? Diego sonrió forzosamente, al tiempo que Pérez de Lerma y el piloto dirigían al Gobernador una torva mirada.

—Siempre me han acompañado en los momentos difíciles —dijo

Villegas.

—Debo ante todo comunicaros una mala noticia—continuó el Gobernador, queriendo apartar la conversación de aquel terreno. Sonrieron los tres amigos.

—Veníamos preparados para oírla —aseguró el alférez.

—Don Gabriel de Taboada ha prestado su último servicio.

Nuevamente se miraron los tres amigos. No era aquella mala noticia la que esperaban.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó Diego.

—¿Habéis olvidado a don Gabriel de Taboada? ¿El hombre que nos informó de la expedición de François L'Onais a Tierra Firme?

—No—dijo el capitán—. Yo nunca olvido a un hombre valiente.

—Ha muerto —continuó el Gobernador—, pero antes de morir a prestado su último servicio.

Relató entonces el Gobernador cómo muriera su agente y le informó del mensaje que por medio de Lorenzo le había enviado. Villegas hizo un gesto de tristeza.

—No llegué a tratarle —dijo—, pero creo que hubiéramos sido buenos amigos.

—¿Qué os parece el mensaje?

Diego se volvió hacia el Gobernador.

—Pues bien —dijo—, escuchad lo que creo. Informa don Gabriel que Stout se oculta en una isla alejada de la ruta del Caribe. No está muy claro, pero se deduce que es inútil buscarle por allí. —Hizo una pausa y agregó:— Tal vez después de capturar una nave marcha a su refugio y por esta razón no logramos atraparlo. Por desgracia, ignoramos dónde está esa isla, pero me parece que tan sólo nos queda una solución.

—¿Y cuál es? —quiso saber el Gobernador.

—Que yo vaya a la Tortuga a buscar a Walter Stout, para terminar, con él de una vez.

CAPITULO III

UNA ALEGRE EXPEDICIÓN

Un silencio de estupor siguió a estas palabras. Los dos corsarios contemplaban a su capitán con asombro, mientras el Gobernador examinaba a Villegas como si dudara de sus facultades mentales.

—¿Qué habéis dicho?

—Que la única solución es que yo vaya a la Tortuga a buscar a Walter Stout.

—Es una locura —dijo el Gobernador.

—”Puede ser —convino Villegas,— pero como no existe otro medio, debemos aceptar este.

—No sé, quizá se encontrará otra manera de capturar a Stout.

—Decidla —invitó Diego.

El Gobernador hizo un ademán de inquietud.

¿Sería imposible averiguar la isla en la que se oculta Stout?

Villegas sonrió.

—En el Caribe existen miles de islas deshabitadas y casi ignoradas. ¿Como se pueden visitar todas sin que nos descubra Stout?

—Se podría enviar a otro agente a la Tortuga.

—Los bucaneros están sobre aviso, después de haber descubierto a Taboada; le matarían, sin que nada pudiera hacer. Yo, por lo menos, intentaré matar a Stout primero.

El Gobernador apoyó una mano en el hombro del joven.

—Pero vos sois muy necesario a la colonia.

Sonrió con despreocupación el corsario.

—Es la suerte de la guerra. Los soldados debemos estar siempre dispuestos a sacrificarnos. Además, vos mismo dijisteis que era imprescindible eliminar a Stout.

—Sí, lo dije —reconoció Su Excelencia—. ¡Peste de comerciantes, que para nada piensan en la vida de los soldados! —Hizo una pausa y agregó:— Decidme al menos cuáles son vuestros planes.

—Lo ignoro-confesó Villegas—. Los improvisaré según las circunstancias. Intentaré, eso si, ganarme la amistad de Walter Stout. Parece ser que admira a los esgrimistas y a los bravucones. Procuraré ser ambas cosas.

—Y a fe que no le costará mucho —comentó Pérez de Lerma.

—Haré lo posible para que me admita en la tripulación del “Revenge”. Quiero pedirlos una cosa Excelencia.

—Decidla, y si está en mi mano contad con ella.

—Con toda seguridad, deberé saquear buques mercantes y matar

honrados marineros. Si algo me ocurriese, y se supiera lo que he hecho, quisiera que librasedis mí nombre de toda infamia.

El Gobernador apoyó nuevamente la mano en el hombro del corsario y exclamó:

—Estad tranquilo, y si algo os sucede, creed que soy capaz de armar un ejército y tomar por asalto la Tortuga, aunque deba encarcelar a todos los comerciantes de Santo Domingo. —Calló un instante y preguntó:— ¿Cómo recibiremos noticias vuestras?

—No podré enviarlas. Cuando regrese, si regreso, es que habré triunfado. En caso contrario no volveré jamás.

Nadie habló de momento, impresionados por estas palabras.

—Cuidaos mucho —rogó el Gobernador.

—Nosotros le cuidaremos, Excelencia-aseguró el alférez con aplomo.

—¿Vosotros? —exclamó Villegas—. Vosotros os quedaréis aquí por que lo mando yo.

—De ningún modo —agregó Ohando—. Nada lograrías sin nuestra ayuda, de manera que te acompañaremos.

—Creo que esta empresa es para un hombre solo —aseguró el capitán.

—Te engañas —respondió Pérez de Lerma— ; es para cuatro hombres. Nosotros tres y Fajeda.

El Gobernador intervino apresuradamente:

—Yo creo que el alférez tiene razón.

—Gracias, Excelencia-dijo Juan. —Un hombre solo no podría hacer otra cosa que matar a Stout, exponiéndose a morir a su vez. En cambio, nosotros cuatro podemos hacer mucho y volver a Santo Domingo sin un rasguño.

Villegas se rindió.

—Bueno-exclamó —. Iremos los cuatro.— Luego se volvió hacia el Gobernador: —Será necesario que hable con el almirante.

—Venid mañana, que os acompañaré a verle.

* * *

Villegas y el Gobernador, al día siguiente, se dirigieron a visitar a don Juan Francisco de Montemayor.

El almirante les recibió en su despacho. Una amplia habitación que daba al mar, con las paredes adornadas de panoplias con tizonas, machetes, arcabuces y trofeos de guerra conquistados por Montemayor en su carrera militar. Se veían también armas de los caribes, arcos y aljabas, cuchillos hechos con conchas y azagayas con punta de espina de pescado. Asimismo se veían en las paredes retratos de los marinos más ilustres que surcaron el Caribe: Vicente Yáñez

Pinzón, Ponce de León, Juan de la Cosa y Antonio de Alominos.

En una amplia biblioteca se veían todos los libros náuticos y militares de aquella época, la “Oceánica”, de Pedro Martyr, los libros de Miguel Servet, y otros.

Sentado en un amplio sillón de cuero tras una mesa de negro nogal, se encontraba don Juan Francisco de Montemayor, almirante de la flota del Caribe, o “armada de barlovento”, como se llamaba entonces.

Se puso en pie el marino e hizo saludo a sus visitantes.

—Sean bienvenidos, caballeros. ¿A qué debo este honor?

Villegas sonrió.

—Venía a pedir licencia para ausentarme de La Española.

Montemayor enarcó las cejas.

—¿Cómo es eso? ¿Pensáis acaso abandonar el servicio?

—Temporalmente, sí, en caso de que me deis licencia, señor almirante.

El Gobernador se adelantó y explicó todo lo que la noche anterior había ocurrido en su casa.

Don Juan Francisco se rascó la barbilla y clavó sus ojos en el corsario.

—¿Sabéis a lo que vais a exponeros?

—Sí. A librar a los buques de esa fiera de Stout.

—También os expondréis a morir,

—Desde el momento que elegí la carrera de las armas supe que me exponía a perder la vida. Cuando salgo en “El Antillano” a perseguir bucaneros sé siempre que puedo no volver.

El almirante guardó silencio.

—Pero será una muerte indigna de un caballero si os capturan los filibusteros.

—Cuando se cumple el deber, la muerte nunca es indigna de un caballero.

Montemayor sonrió.

—Marchad, pues, capitán, y que la suerte os acompañe. Si por desgracia no regresáis, haré saber a todo el mundo que hicierais lo que hicierais, todo fué para mejor cumplimiento del servicio del rey.

En una habitación de la vivienda de Villegas, Diego, Ohando, el alferez y Fajeda se disponían a dejar Santo Domingo.

Ante ellos se iniciaba una aventura peligrosa y difícil en la que la muerte les aguardaba al fin con toda seguridad. Tan sólo un capricho de la fortuna podía hacerles volver con vida, pero los aventureros confiaban en su estrella y sabían que tan sólo los audaces dominaban a la suerte que se doblegaba a su voluntad.

Quien les hubiera visto y no hubiera sabido cuál era la empresa que iniciaban, habría creído que una jira campestre o una partida de

caza les esperaba, pues los corsarios se mostraban alegres y sonrientes, gastándose amistosas bromas.

Pérez de Lerma y Fajeda alababan el vino y el ron que podrían beber en la Tortuga y la belleza de las mujeres que allí se encontraban. Asimismo reían al pensar en las partidas de dados que iban a jugar con los bucaneros que deseaban su muerte, sin que éstos sospechasen su verdadera personalidad.

Martín Ohando se proponía averiguar si el vino de la isla vecina era tan bueno como el de La Española, y Villegas tan sólo pensaba en el momento en que pudiera atravesar a Stout de una estocada. El aspecto exterior de los corsarios había cambiado un poco. Diego vestía las ropas y el pantalón que le eran habituales, pero había cambiado el jubón por una camisa negra de cuello abierto. Conservaba su tahalí y la tizona y en su amplio cinturón de cuero lucía sus dos pistolas. Enfundaba sus manos en guantes negros de manopla y su figura poseía vestida de aquella guisa un aire amenazador y peligroso. Pérez de Lerma había cambiado sus elegantes ropas por otras más sencillas. Iba también en mangas de camisa y sus botas de campaña no lucían, por una vez, las famosas espuelas de oro. Envolvía sus largos cabellos con un pañuelo rojo. Conservaba sus pistolas y la tizona que le regalara La Máscara.

Martín Ohando lucía gruesas botas de marino, con los amplios calzones enfundados en ellas y una camisa de ante, al estilo también de los hombres del mar. Se cubría la cabeza con un ancho chambergo. El único que conservaba sus ropas habituales era Pedro Fajeda, aunque verdad era que no resultaba muy difícil confundirle con un pirata.

Permanecieron en la habitación los cuatro amigos, bebiendo vino y charlando acerca de cosas triviales. Cada uno de ellos recibió una bolsa del tesoro de la ciudad para sufragar los gastos de la empresa, aunque el capitán propuso que no fuera muy crecida la cantidad, ya que debían presentarse en la Tortuga como unos aventureros a quienes la necesidad impulsaba a la piratería. No pensaban ocultar su condición de españoles y simular que eran unos renegados, como lo fué Lope Alvarez.

Quedaban en el aire muchos cabos por atar que podían causar la muerte de los corsarios, pero tanto Villegas como sus compañeros confiaban en su estrella.

La noche comenzó a extender su manto por la ciudad. Diego hizo una señal y los aventureros se pusieron en pie, saliendo a la calle. Llegaron por fin a las afueras de la ciudad, donde les esperaba una escolta militar a caballo y el indio Lorenzo, que debía conducirles a la Tortuga.

Saltaron los corsarios sobre la silla y partieron al galope,

internándose en la selva. Durante varios días cabalgaron sin descanso hasta cruzar la no delimitada frontera con Haití. Entonces echaron pie a tierra y se despidieron de la escolta. Continuaron su camino hasta llegar a la costa. Lorenzo se dirigió a una choza de pescadores donde ocultaba su barca.

En ella, protegidos por la noche, los corsarios se dirigieron hacia la Tortuga.

Cruzaron las aguas que separan La Española de la isla donde tenían su cuartel general los bucaneros.

Dejaban atrás la seguridad y la vida muelle, para lanzarse al peligro y a la aventura, a la más maravillosa de las aventuras.

Ellos cuatro, sin más protección que sus aceros ni más ayuda que su ingenio, desafiarían a toda “La Hermandad de la Costa”, para apoderarse de uno de sus más peligrosos capitanes.

Llegaron a la Tortuga cuando la noche velaba las miradas indiscretas y se ocultaron en la choza de Lorenzo.

Sabían que en la isla nadie hacía preguntas indiscretas y esto favorecía sus planes.

Descansaron del viaje y a la noche siguiente...

CAPITULO IV

LA TORTUGA

“Le Brave Boucaniere” se veía como de costumbre, atestado de gente.

Las luces del local despedían una oscura humareda y en dos fogones varios lechones esparcían por la sala un apetitoso olor a cerdo asado.

Alrededor de las mesas se veían a los filibusteros, vestidos con sus ropas de mar, sin abandonar sus armas, que bebían alegremente, celebrando algún saqueo de una nave española o el triunfo en una partida de dados.

El posadero contemplaba con alegría la clientela, que llenaba sus arcas de oro, mientras los cocineros y los criados no descansaban ni un momento, sirviendo las mesas.

Las mozas recorrían, la sala, librándose con grandes risas de las manos de los filibusteros.

Algunos proscritos que no habían encontrado lugar donde sentarse, permanecían en pie, apoyados en las paredes, en las que varias tripulaciones de indeseables habían dejado huella de sus manos, sus espaldas e incluso de su sangre. Según fuentes autorizadas, en ningún lugar como en el Caribe se reunían tantos indeseables. Allí se habían congregado la hez de los siete mares y aunque en todas partes existían piratas, los más desaprensivos y sanguinarios parecían haberse dado cita en las Antillas. Los filibusteros que navegaban en el pacífico, aunque de la misma calaña, de estos, eran muchos menos en número y por tanto sus fechorías eran también menores. Los piratas malayos eran quizá los que más se parecían a los bucaneros a causa de su vileza y su crueldad pues los berberiscos y árabes que recorrían el Mediterráneo poseían un código de honor y un gran espíritu caballero.

La esfera de acción de los bucaneros se había extendido bastante. Operaban principalmente en el golfo de Méjico, por Panamá y en la ruta de las Antillas, pero habían obtenido nuevas bases de apoyo.

Las autoridades francesas de Luisiana les apoyaban para que hostigasen a los españoles de la Florida y llegaron a un acuerdo con los comerciantes de Jamestown, en Virginia, que les compraban todas las mercancías producto de los saqueos que quisieran ofrecerles. A este efecto, muchos filibusteros establecieron sus campamentos en las salvajes e inexploradas costas de las Carolinas.

Pero todo el esfuerzo combinado de “La Hermandad de la Costa”,

de los piratas y de las flotas de Francia, Inglaterra y Holanda no lograron derribar el Imperio Español, gracias al valor y al sacrificio de los aventureros, los hidalgos y los soldados de fortuna, que con su flamear de tizonas mantuvieron abierta la ruta de las Indias Occidentales².

Mas, para el propietario de “Le Brave Boucaniere”, como para muchos mercaderes, los filibusteros representaban una fuente de grandes ingresos. Por esta razón el posadero les contemplaba con alegría. Se sentía satisfecho, ya que la presencia de Stout, de Morgan y de Grammont, un capitán cuyo nombre comenzaba a sonar, impediría que estallasen reyertas entre los proscritos.

El murmullo de las conversaciones recordaba el rugir del mar y mientras algunos reían con brutalidad, por algún recuerdo jocoso, otros celebraban una ganancia en el juego.

Una muchacha morena, de aire descarado, movía las caderas con provocación, al tiempo que evolucionaba al compás de una tonadilla francesa. Iba descalza y al moverse se alzaba la falda de vivos colores, enseñando sus torneadas piernas al entusiasmado auditorio. Vestía una blusa blanca que dejaba al descubierto uno de sus redondos hombros. Contrastaba con la pobreza de sus ropas la cantidad de ricas joyas, recuerdo de sus adoradores, que lucía en los brazos, en las orejas y en el cuello.

Una orquesta, compuesta por dos vihuelas, un violín y un pífano, la acompañaban en su canción, mientras el público coreaba el estribillo con entusiasmo.

Distintos motivos habían guiado a los bucaneros hasta aquel lugar, pero un signo en común les unía: la ambición. Aunque ésta aumentaba o disminuía según la persona.

Algunos, de frente estrecha y ojos velados por la brutalidad, eran tan mezquinos en sus aspiraciones que se contentaban con el poco oro que les tocaba después de un saqueo. Otros, de mirada ardiente, buscaban la gloria y la riqueza fácil, que les permitiera regresar a su país convertidos en opulentos gentil-hombres. Bastantes buscaban tan sólo las aventuras y el peligro y no faltaban aquellos a los que su crueldad innata era el único objetivo de su vida.

Cabe decir en su honor que llegaron a realizar acciones de valor innegable y que el Imperio español se resintió más con sus correrías, que con las actuaciones de las flotas de guerra, pero que todo su empuje debía estrellarse contra la raza que supo descubrir, conquistar y abrir para la civilización a un mundo¹ nuevo.

La cantante terminó su canción Y se retiró, saludando al enardecido público que la vitoreaba con entusiasmo.

Un bucanero borracho se interpuso en su camino. Era gordo y barbudo, con las ropas manchadas de grasa y de vino. Se tambaleaba a

efectos de la bebida.

Extendió los brazos con torpeza, al tiempo que balbuceaba frases incoherentes.

La muchacha, riendo, procuró eludirle, pero el borracho continuó interponiéndose en su camino. Entonces la cantante le descargó un empujón que le derribó en una mesa y salió de la sala, seguida por las carcajadas del público.

La mesa sobre la que había caído el borracho volcó, derramándose el vino. Los que la ocupaban se pusieron en pie y apartaron al bucanero.

De improviso, uno de ellos quedó inmóvil, con la vista fija en un extremo de la sala, sin darse cuenta de que sus compañeros habían arreglado la mesa y que habían servido más vino.

—Siéntate, Blake —le dijo otro bucanero.

Pero el aludido no le hizo caso, continuó mirando hacia el mismo lugar. Extrañados sus compañeros, siguieron su mirada.

Cuatro hombres de tez morena, músculos flexibles y mirada ardiente acababan de entrar en el local. Incluso entre aquella concurrencia de feroces bucaneros, destacaban por su peligroso porte y por la felina agilidad de sus movimientos.

Con toda tranquilidad y aplomo se abrieron paso entre la multitud, cuyo aspecto salvaje solía impresionar a los forasteros como aquellos hombres.

El llamado Blake permanecía con la vista fija en los recién llegados, como si buscara en dónde había visto sus rasgos con anterioridad.

—¿Qué es lo que estás mirando? —le preguntaron sus compañeros.

El proscrito señaló a los cuatro hombres.

—Yo juraría que les he visto anteriormente.

Rió uno de los bucaneros.



Cuatro hombres de tez morena, músculos flexibles y mirada ardiente acababan de entrar en el local.

—Quizá les encontraste en galeras.

Blake no le escuchaba y permaneció inmóvil.

—Siéntate de una vez y no molestes a nadie —rogó otro filibustero.

Pero el proscrito no le hizo ningún caso y se abrió paso entre la multitud, dirigiéndose hacia el lugar donde se habían detenido los cuatro hombres. Fijaba con atención la mirada en ellos, como si quisiera recordarles.

Llegó muy cerca de donde se encontraban los recién llegados y les examinó con más atención. Uno de ellos, que vestía completamente de negro, se percató del interés que despertaban en Blake y le preguntó:

—¿Qué es lo que miráis?

El bucanero se acarició la barbilla.

—Quiero recordar dónde os vi por primera vez. Porque estoy seguro de que os conozco.

—Podría ser, porque he corrido mucho mundo.

—¿Sois marino?

—Entre otras cosas.

Blake volvió a acariciarse el mentón y agregó:

—Y español a juzgar por vuestra pronunciación.

—En efecto, pero, ¿a qué viene este interrogatorio si puede saberse?

De improviso, Blake lanzó un grito. Sus ojos parecían ir a saltársele de las órbitas y señaló con el dedo al hombre vestido de negro.

—¡Ya sé quién sois! —exclamó.

—Pues alejaos y que os haga buen provecho —respondió el español.

—¡No, no me iré! —continuó el bucanero—, ¡Ya sabía que os había visto con anterioridad!

—Os advierto que me molesta que me señalen —agregó el otro frunciendo el ceño.

—¡Más os molestará cuando os señalen de otra manera! —profirió Blake—. Al fin os encuentro aquí, canalla.

—Medid vuestras palabras —advirtió el español—. No soy hombre de mucho aguante.

—Sé muy bien quién sois, Oí conozco, capí...

No pudo concluir la rase. El forastero empuñó una de las pistolas que llevaba al cinto y descerrajó un tiro a Blake, que se desplomó sin vida.

El murmullo de las conversaciones había apagado las palabras del bucanero, de modo que los clientes de “Le Brave Boucaniere” de nada se enteraron hasta que sonó el pistoletazo. En cuanto a los amigos del muerto, le vieron discutir con los recién llegados, sin enterarse de lo que decía. Al ver caer a su compañero corrieron a su lado. El español permanecía inmóvil con una pistola humeante en la mano.

Se pusieron en pie al instante. Sus rostros curtidos por el sol, de facciones crueles, se veían contraídos por el furor.

Uno de ellos clavó en los españoles su furiosa mirada.

—Le habéis asesinado —dijo. El hombre vestido de negro colocó calmamente la pistola en el cinto y luego exclamó:

—Pardiez, que me dan ganas de enviaros a hacer compañía a ese

amigo cuya ausencia tanto sentís.

Los compañeros de Blake dieron un paso atrás, asombrados ante la audacia de aquel hombre que se atrevía a desafiarles.

Se irguieron con amenazadora expresión y el que antes había hablado exclamó, muy indignado:

—¿Sabéis que sois un deslenguado?

El español golpeó la tizona que pendía de su tahalí guarnecido de oro y perlas y dijo:

—Si gustáis, charlaremos más a gusto en el lenguaje de los caballeros de fortuna.

Previendo la pelea que iba a comenzar, los clientes empezaron a apartarse, dejando espacio para que los adversarios pudieran batirse a gusto.

Los compañeros de Blake quedaron inmóviles estudiando a sus enemigos, mientras los españoles acariciaban la empuñadura de sus tizonas.

La lucha parecía inevitable. Casi al unísono, desenfundaron todos sus aceros, cargando los unos sobre los otros con increíble ferocidad.

Chocaron las armas. Aunque los bucaneros eran hábiles en el manejo de sus machetes, los españoles esgrimían con increíble rapidez. En pocos minutos les acorralaron, amenazando sus vidas.

Una voz imperiosa dominó la algarabía de la pelea:

—¡Alto ahí! Enfundad las armas.

Rápidamente se separaron los antagonistas, permaneciendo frente a frente con los aceros en la mano.

Henry Morgan, seguido de Stout y de Grammont, se acercó a los luchadores.

—Guardad vuestro entusiasmo para la guerra-dijo el galés—. Los “Buenos Compañeros” no se baten entre sí.

Uno de los amigos de Blake, exclamó, indicando al hombre vestido de negro:

—Ha matado a Blake.

—¿Es eso cierto?

—Ignoro si se llamaba Blake. Lo único que sé es que me injurió y yo, en consecuencia, le pegué un tiro.

Grammont se rascó la mejilla, reflexivamente.

—Sois un hombre expeditivo, por lo que veo.

CAPITULO V

UN BUCANERO TEMIBLE

El español se encogió de hombros.

—No tolero que me insulten —aclaró—, pero tampoco deseo enemistarme con los hombres cuya vida desearía compartir. —Arrojó una bolsa al compañero y ordenó:— Repartid vino a todo el mundo.

Como por ensalmo se olvidó el incidente y los bucaneros se apresuraron a brindar a la salud de los cuatro españoles.

Stout contemplaba a los forasteros con creciente interés.

—¿Sois españoles?

—En efecto.

—¿Cómo os llamáis?

El que vestía de negro se irguió con altivez.

—No pienso negaros mi nombre, pero desearía saber con quién estoy hablando.

—Soy el capitán Walter Scout.

—¡Ah! —respondió el español.— Me siento muy honrado de conoceros. Mi nombre es Diego. A causa de mi traje suelen llamarme el Negro.

—Yo soy Henry Morgan.

—Capitán Grammont.

—Os presentaré a mis amigos —continuó el llamado Diego el Negro. Indicando a un gigante, dijo:

—Este es el Vasco. —Por un joven esbelto que lucía un pañuelo en la cabeza, informó:— Se llama Juan, aunque muchos le denominan el Estudiante, y este otro —agregó por el tercero de sus amigos—, nadie le conoce por otro nombre que el “Levante”.

Stout invitó entonces:

—¿Queréis aceptar un trago con unos honrados bucaneros?

—Desde luego.

Entraron en la habitación reservada para los capitanes de nave y se sentaron alrededor de la mesa Morgan, con su amenazadora jovialidad, bromeó acerca del incidente que les hizo conocerse, mientras servía el vino.

—¿A qué habéis venido a la Tortuga? —preguntó Grammont.

—Creo que aquí hay medios suficientes para que un hombre decidido haga fortuna —respondió el Vasco.

—Es cierto —aprobó Stout.

—Estamos hartos de ganar migajas en las colonias españolas —aseguró el Estudiante.

—¿Habéis navegado? —preguntó Grammont.

—En el Mediterráneo, mucho —explicó Diego— ; aquí hace poco que vivimos.

—El Caribe es el mejor lugar para los hidalgos de fortuna —convino Morgan—, pero las penalidades son muy grandes.

—Esto carece de importancia —opinó el Negro—, mientras los beneficios sean mejores.

—Esa respuesta dice mucho en favor de vuestra decisión —convino Stout—. Y voy a haceros una proposición.

—Decidla.

—Necesito algunos hombres para cubrir bajas en mi tripulación.

¿Os interesaría acompañarnos?

Diego guardó silencio un instante.

—Pues, no os ofendáis, pero primero desearíamos consultarlo con la almohada.

—¿Entonces?

—Mañana os contestaremos.

Los cuatro amigos se levantaron y después de saludar salieron de la posada.

Morgan miró a Stout con interés.

—¿Es esa vuestra prudencia, Walter? —preguntó—. Enroláis a esos hombres sin saber siquiera quiénes son, ni si podéis fiaros de ellos.

El capitán sonrió.

—Pienso ponerlos a prueba —dijo— y la prueba será tal que si su temple no es muy fuerte renunciarán a embarcarse con nosotros. Por otra parte, yo creo que valor no les falta. Ya visteis cómo mataron a Blake y con qué ferocidad atacaron a sus amigos.

—¿Y cuál es esa prueba?

—¿Recordáis a los cinco hombres de mi tripulación que condené a muerte por robo? Les daré la oportunidad de salvarse si matan a esos españoles.

Morgan torció el gesto.

—Si a mí me hubieran puesto ante una prueba así, quizá no fuera bucanero.

* * *

Los cuatro amigos se dirigieron hacia la choza de Lorenzo. Marchaban deprisa, sin hablar, ensimismados en sus pensamientos.

Al llegar a la choza llamaron por tres veces y entonces se abrió la puerta. La india les sirvió la cena sin hablar y después les dejó solos.

Diego miró a sus compañeros y dijo:

—Parece que la suerte nos protege.

—Así es —agregó Pérez de Lerma, que Villegas había presentado como el Estudiante—. Pero debemos tener cuidado de que no sea una trampa en la que quieran hacernos caer.

—Pues, en ese caso —opinó Ohando—, saltaremos por encima.

—Cierto —exclamó el capitán—. Lo único que no podemos hacer es echarnos atrás, ya que retirarnos significaría nuestra muerte. Se presente lo que se presente, es necesario que tiremos adelante, puesto que estamos metidos en la aventura. Y ya que la suerte ha hecho que Stout en persona nos proponga ingresar en la tripulación del “Revenge”, no dejemos perder esta oportunidad.

—De acuerdo —asintió el alférez,— pero, ¿qué piensas hacer ahora?

—Eso —quiso saber Martín—. Ya nos encontramos a bordo del buque de Stout. ¿Cuáles son tus planes?

—No lo sé —repuso Villegas—. Pero ante todo debemos ganarnos la confianza de los bucaneros. No nos debe detener cosa alguna. Es imprescindible que Walter Stout no desconfíe de nosotros.

—¿Y si se presenta la ocasión de que tengamos que abordar una nave española? —preguntó Ohando.

Los labios del capitán se plegaron en una línea recta, como un cepo cerrado.

—Debemos considerar que los que mueran en los combates se sacrifican para que el “Revenge” no capture más barcos.

* * *

A la noche siguiente los cuatro españoles entraron en “Le Brave Boucaniere”.

Los filibusteros les recibieron con cierta mezcla de respeto, pues aun recordaban la muerte de Blake, y de simpatía en agradecimiento al vino al que les invitó.

Villegas se sentó a una mesa y pidió unas botellas de aguardiente y los dados.

Los cuatro amigos comenzaron a beber y a jugar. Sus exclamaciones de alegría o de disgusto, según perdían, atraieron la atención de aquellos que les rodeaban, que muy pronto se acercaron a su mesa, interesándose en la partida.

Los españoles comenzaron a comentar con los bucaneros las incidencias de cada jugada y muy pronto casi todos los parroquianos reían de las ocurrencias de los cuatro amigos. Los exagerados ademanes de Fajeda, o “Levante”, como allí le conocían, provocaban la hilaridad del público.

Al poco rato, Sharples se acercó a los españoles.

—El capitán Stout os espera —dijo.

Villegas levantó la vista hacia el piloto.

—Si os place concluiremos la jugada. Mientras tanto, ¿tendríais inconveniente en aceptar una invitación? —exclamó, ofreciéndole una botella.

Sharpples la aceptó sin comentario alguno y contempló el juego, al tiempo que bebía largos tragos de ron.

Cuando hubieron concluido, los españoles se pusieron en pie e invitaron a Bartholomew a que les guiase hasta Stout.

Cruzaron a través de las mesas, llegando a la habitación en la que bebía plácidamente el capitán.

—Pasad —dijo éste, respondiendo a la pregunta de Sharpples—. Buenas noches, caballeros.

Los corsarios saludaron al bucanero.

—Bien, ¿han pensado acerca de mi proposición?

—Así es.

—¿Y qué han decidido?

—Que nos sentimos muy honrados y que por supuesto aceptamos.

—Magnífico —exclamó Stout—. Mañana al mediodía os espero en mi casa. No faltéis; cualquiera en la isla os la indicará. Desde este momento formáis parte de la tripulación del “Revenge”.

Saludaron los españoles y regresaron a la sala del mesón.

—Amigos —dijo Villegas—, en este momento hemos ingresado en “La Hermandad de la Costa”. Hoy nacemos como bucaneros y como no hay bautizo sin vino... ¡Posadero, bebida para todos!

Una salva de vítores acogió estas palabras y mientras los criados servían el vino pedido, alzaron los vasos a la salud de los nuevos filibusteros.

Hasta muy entrada la noche, los corsarios permanecieron en el mesón, alternando con los bucaneros.

Fajeda y Pérez de Lerma perseguían riendo a las mozas, que al huir les hadan signos de que no cejasen. Ohando bebió y jugó a los dados con casi todos los clientes y Villegas conoció a los principales miembros de la tripulación del “Revenge”,

* * *

A la hora fijada, los cuatro amigos se presentaron en la vivienda de Stout.

Walter les recibió en compañía de Sharpples y del contramaestre.

—Buenos días, muchachos —exclamó.

Los corsarios saludaron, inclinándose respetuosamente.

—Estoy a punto de inscribir vuestros nombres en el libro de enrolamientos, pero antes quiero preguntaros si en efecto estáis decididos.

Villegas hizo un gesto de extrañeza. Sus tres compañeros se miraron con asombro.

—Creo que ayer os respondimos con suficiente claridad —contestó Diego.

—Si, es cierto —asintió Walter,— pero existe una costumbre entre los bucaneros que quizá ignoréis.

—¿Cuál es? —preguntó Ohando.

Stout sonrió.

—Acompañadme.

Salieron de la casa y se dirigieron hacia los cercanos acantilados. Entre éstos se extendía una playa de reducidas dimensiones. En ella se encontraban congregados todos los bucaneros que luchaban a las órdenes de Stout. En un extremo se veía a cinco hombres maniatados, a los que rodeaba una guardia armada.

Hubiera resultado difícil encontrar en ninguna parte a nadie que presentase un aspecto más salvaje, más cruel que los cinco cautivos. Uno de ellos era un mulato, con sangre india probablemente, de gigantescas proporciones. Sus diminutos ojos miraban a su alrededor con la expresión huidiza de una bestia. Otro era de mediana estatura, frente angosta y labios gruesos que se abrían siempre en una sonrisa de brutal crueldad. El tercero era cetrino de piel y de músculos ágiles. Su boca parecía cerrada, en un gesto de rabia impotente.

Los otros dos parecían espadachines profesionales, de cuerpos enjutos pero fuertes y ojos de astuta mirada.

Stout los abarcó con un ademán de la mano.

—Estos cinco hombres fueron condenados a muerte por haber robado y asesinado a unos compañeros. Es costumbre en “La Hermandad de la Costa” enfrentar a los condenados con los nuevos reclutas y si vencen perdonarles la vida. Esta es la prueba que debéis sufrir antes de ingresar en el “Revenge”. ¿Cuál es vuestra respuesta?

Villegas sonrió con desprecio.

—Aceptamos.

—Bien. Como debéis elegir a vuestros enemigos, os diré sus nombres. Son —dijo Stout, señalando por turno al mulato, al de la frente angosta, al de la piel cetrina y a los dos espadachines—. Pierre, Van Burén, Charles, Colin y Grey. Podéis comenzar a elegir.

CAPITULO VI

LAS PRUEBAS

Villegas se encogió de hombros.

—Escojo a Colín y a Grey.

—Yo a Pierre —dijo Ohando.

—Yo a Charles —añadió Pérez de Lerma.

—Pues yo a Van Burén —indicó Fajeda.

—Bien —continuó Stout, cuando se hubieron acallado los murmullos de admiración—. Escoged vuestras armas.

—Que elijan ellos —dijo el corsario con desprecio.

Walter le miró un instante.

—Bravo es el mozo —dijo entre dientes. Luego, en voz alta, agregó:— Ya lo habéis oído. Escoged vosotros las armas que más os agraden.

—La espada-dijo Colín en nombre de los dos.

—Yo quiero pelear con dagas —opinó Van Burén.

—A mí me gusta más la pica —opinó Charles.

—Pues yo quiero luchar con las manos desnudas —agregó el mulato.

—¿Quién será el primero? —preguntó Stout.

—Yo —respondió Villegas.

Walter mandó despejar la playa e hizo desatar a los dos espadachines, entregándoles un acero a cada uno.

Diego desnudó la tizona y avanzó al encuentro de sus dos enemigos. Su figura negra se recortaba sobre el mar azul.

Por un instante se midieron los tres adversarios. Luego, casi al unísono, se atacaron.

Los bucaneros presenciaban atentamente la lucha. Pocas cosas admiraban más aquellos hombres que la habilidad en la esgrima y nadie podía negar que Diego era maestro en ese arte. Poco a poco, se sintieron atraídos por la pelea y todos, desde Stout al último grumete, animaron a los luchadores según fueran mejores o peores sus estocadas.

Colin y Grey atacaban a Villegas con la desesperación del que sabe que su vida depende del resultado de aquella lucha. Ponían en juego todas las artimañas de los espadachines, amenazando constantemente al español. Pero éste presentaba siempre una guardia cerrada, que aviaba estocada tras estocada. El sol arrancaba destellos de las hojas que se agitaban en el aire. Los pies de los luchadores se hundían en la arena, impidiendo hasta cierto punto sus movimientos.

El calor era abrasador y por las pieles rojizas de los bucaneros comenzaba a resbalar el sudor. Sin embargo, Villegas se mantenía tan sereno como si se celebrase un baile. Su tizona saltaba constantemente de un lugar para otro, apartando las espadas de los dos ingleses. De pronto, Colin se tambaleó, desplomándose sin vida. La estocada fué tan rápida que casi no lograron veda. Libre de uno de sus enemigos, Diego atacó a Grey. Dos rápidos golpes deshicieron la guardia del bucanero que cayó con el cuello atravesado.

Villegas se volvió, saludando con la tizona a los espectadores, que le ovacionaban hasta enronquecer. Entonces Ohando se adelantó.

—Reclamo el segundo puesto —dijo al tiempo que se despojaba del sombrero y de la camisa de ante.

Dos bucaneros retiraron los cadáveres de Colin y de Grey. Walter hizo una señal y Pierre quedó libre. A los resplandecientes rayos del sol de los trópicos, los músculos cubiertos de piel achocolatada del mulato, a quien cubrían unos harapos tan sólo, semejaban calabrotes retorcidos. Su pecho descomunal y sus hombros inclinados, por el peso dé su propia fuerza, le daban el aspecto de un gorila. En lo alto de aquella montaña de músculos y de carne brillaban sus diminutos ojos amarillos. Al sentirse libre, extendió sus miembros, lanzando un grito salvaje,

Ante él se encontraba Martín Ohando. El piloto aparecía desnudo de cintura para arriba. La piel curtida y tensa relucía bajo el sol. Su amplio tórax se veía cubierto de vello y los anchos hombros y la estrecha cintura hablaban de su fuerza sobrehumana. Los brazos largos y nervudos, de endurecidos músculos, se contraían ante la pelea. Semejaba un cíclope.

La expresión de su semblante anguloso era el de un hombre que, consciente de su fuerza, se enzarza con las manos desnudas en una lucha a vida o muerte.

Avanzaron los dos enemigos, bamboleándose en la arena. Estudiándose con atención, comenzaron a girar el uno alrededor del otro, buscando el momento preciso para atacarse.

De improviso, Pierre saltó hacia adelante como una pantera. Martín le aguardó a pie firme y descargó un terrible puñetazo sobre el rostro del mulato. Se tambaleó éste, al tiempo que una exclamación de asombro se escapaba de los labios del público. El seco ruido del golpe se había extendido sobre la playa y cualquier otro que no fuese Pierre habría caído, quizá muerto. Enfurecido, el mulato descargó su puño como si fuera un martillo, sobre el cráneo de Ohando. Logró éste esquivar el golpe destinado a partirle la cabeza, de modo que tan sólo le rozó la frente. Así y todo, el vasco cayó de rodillas. Pierre, aullando de júbilo, se lanzó sobre el marino, pero éste, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie de nuevo y recibió a pie firme el abrazo

de su enemigo. Los tentáculos que formaban los miembros del mulato se cerraron alrededor del torso de Martín. En el rostro de Pierre brilló una luz de alegría y comenzó a cerrar su abrazo.

Los bucaneros se pusieron en pie, creyendo que era el fin del vasco. Sus compañeros se dispusieron a acuchillar al mulato, aunque significara la muerte para ellos.

Pero Ohando se aferró al cinto que sujetaba los pantalones del mestizo y saltó hacia, atrás, arrastrando a su enemigo, que fué a caer de cabeza en la arena.

Separados por la caída, los dos adversarios se pusieron nuevamente en pie. Pero Martín no permitió que Pierre atacara. Se lanzó sobre éste, atenazándole el cuello con las manos. Los músculos de sus brazos se pusieron en tensión y sus facciones se contrajeron por el esfuerzo realizado. El mulato se agitaba, abriendo la boca, para tomar el aire que comenzaba a faltarle, y los ojos que parecían ir a saltarle de las órbitas. Al fin cayó de rodillas. Ohando cerró aún más el cepo de sus manos, hasta que Pierre fué una piltrafa sin vida.

Ohando se volvió para recibir las ovaciones de la multitud,

Villegas y sus dos amigos sonrieron aliviados y Walter y Sharples cambiaron una mirada de admiración.

Retiraron el cuerpo del mulato y Pérez de Lerma, despojándose de sus armas, se adelantó. El aspecto preocupado del corsario causó una impresión desagradable. En verdad, se decían los bucaneros, aquel barbilindo tenía muy pocas posibilidades de vencer al frío y cruel Charles.

Este fué desligado de las ataduras y a cada uno se le entregó una pica.

Avanzaron ambos adversarios con el arma en ristre. En una lucha de aquella especie todas las artimañas eran válidas y tan sólo importaba vencer.

Charles era un filibustero experimentado en la guerra y al elegir la pica escogió el arma que manejaba con más soltura. Pero la infantería española adquirió renombre universal no sólo con la furia que deshacía las formaciones enemigas, sino con un complicado sistema de esgrima que Pérez de Lerma, como antiguo soldado, conocía a la perfección.

Los dos enemigos se estudiaron un instante. Luego, de súbito, los músculos de Charles se dispararon con la perfección de muelles y el bucanero cargó contra su enemigo.

Pero el español desvió la pica con pasmosa sencillez y descargó un golpe sobre la cabeza del filibustero. Este se tambaleó, pero enseguida se rehizo, cerrando su guardia contra el arma del corsario.

Nuevamente se buscaron ambos enemigos. Sabían que uno de los dos debía morir, que no podían pedir ni dar cuartel. Charles se

mantenía frío como siempre. Sus labios formaban una línea recta. El alférez sonreía con superioridad, como si no diera importancia a su enemigo. Pero la expresión de sus ojos desmentía esta sonrisa de despreocupación. Su cuerpo y su mente se mantenían tensos, concentrando todas sus energías en aquel combate.

De pronto se cruzaron nuevamente las picas. Los dos enemigos parecían clavados en el suelo uno frente a otro. Tan sólo se movían sus brazos y sus cuerpos pero las piernas permanecían fijas en la arena. Chocaron las armas atacando al enemigo y cerrando el paso del arma de éste. Eran tan rápidos, los movimientos que no resultaba posible captarlos con la vista.

De pronto se oyó un grito de dolor, como de alguien a quien desgarran las entrañas, y el bucanero soltó su arma, para aferrarse a la pica que Pérez de Lerma le había clavado en el corazón.

Fajeda ocupó su lugar, empuñando su puñal berberisco.

—¡Rápido! —gritó—. Poned en libertad a ese mono.

Los bucaneros soltaron a Van Burén y le entregaron una daga.

El sol hirió las hojas desnudas, arrancando cegadores destellos.

Los dos adversarios se enfrentaron sobre la arena.

Van Burén era un veterano, un hombre acostumbrado a vivir empuñando un arma. Y al elegir la daga lo hizo por ser aquella cuyo uso conocía mejor.

Pero Fajeda era español y cada íbero lleva en su sangre la afición al cuchillo, que por intuición sabe manejar. Además, Pedro había navegado entre tripulaciones en las que tan sólo el valor hacía que a un hombre le respetasen y en cuanto a práctica en la guerra, “Levante” había sido soldado con muchos que después fueron famosos jefes de los tercios y que le distinguían con su amistad.



De pronto se oyó un grito de dolor.

Ambos enemigos se midieron en silencio. En sus ojos brillaba una luz más acerada y más penetrante que la hoja de sus cuchillos.

Los tres corsarios que en la prueba habían precedido al catalán aguardaban anhelantes el fin de aquella lucha. Los bucaneros presenciaban con interés la última pelea. Los duelos anteriores les maravillaron. Nunca creyeron que con tanta limpieza se pudiera vencer a tan feroces enemigos.

Van Burén atacó, inclinándose ligeramente. Fajeda le esperó a pie

firme, con el puñal bien sujeto y los dientes apretados. Cuando el filibustero estuvo a su lado, dio un quite con el cuerpo y Van Buten cayó a tierra. Se encontraba a merced del catalán.

Pedro se apartó unos pasos.

—Levántate-le ordenó —. Yo no mato a traición.

El bucanero no se movió, contemplando a su adversario, como un áspid disponiéndose al ataque. De improviso saltó sobre Fajada, lanzando un grito de feroz alegría. Parecía inevitable que el catalán cayera bajo la daga de Van Burén, pero Pedro se limitó a desviar el acero con el brazo izquierdo.

Los bucaneros se miraron asombrados. Aquel loco despreciaba las dos ocasiones que se le presentaron de matar a un enemigo. Quizá ya no volvería a encontrar esa oportunidad. Claro que los españoles eran casta de locos a quienes no se podía hacer mucho caso.

De nuevo atacó el bucanero. Cargó con la ferocidad de un toro, enloquecido por sus dos fracasos. El curvo puñal berberisco desvió la daga del holandés y los dos cuerpos chocaron. Creyeron todos que entonces iba a morir Van Burén, pero con gran sorpresa vieron cómo Fajada le alzaba, sujetándole por la cintura, para que no se cayese, y le apartaba.

El filibustero quedó plantado en la arena. El sudor resbalaba por su frente y jadeaba de cansancio. Entonces comprendieron todos la táctica del catalán. Permitió que su enemigo se agotase, mientras que él se mantenía tan sereno como al principio. Pero, para lograr esto, se requería un gran dominio de la esgrima del puñal y una perfecta seguridad en sí mismo. Fajada las tenía.

Sin apresurarse avanzó hacia su enemigo. En los ojos de éste brilló una luz de terror. Se sabía vencido. Quiso huir, pero Pedro le cerraba la salida, avanzando siempre, inexorable y despiadado.

De pronto atacó. Fué todo tan rápido que más tarde los bucaneros no pudieron recordarlo con precisión.

Fajada saltó hacia adelante. Se oyó un grito de salvaje furia y brilló la hoja de su puñal. Van Burén se retorció, mientras aullaba de dolor.

Luego, Pedro limpió su acero tinto en sangre en la ropa del holandés, que agonizaba con el vientre rajado.

Walter murmuró quedo al oído de Sharples:

—Creo que hemos hecho una buena adquisición.

CAPITULO VII

LA FLOR DE NUEVA ESPAÑA

Leonor de Carrizales era una muchacha muy hermosa. Decían de ella que no existía más preciosa flor en Nueva España y todos los elegantes de Méjico cortejaban a aquella joven, hija de uno de los comerciantes más ricos del país. Su belleza y su ingenio le habían abierto puertas, que de otro modo no hubiera podido franquear. Las fiestas no parecían completas si Leonor de Carrizales no asistía, acompañada de su corte de adoradores, compuesta por los jóvenes más distinguidos y de mejor familia de la colonia. Su vida era una sucesión de fiestas, bailes, partidas de caza y meriendas campestres.

Su padre, que la adoraba, no le había negado ningún capricho y así, cuando se abrían los salones del viejo Carrizales, reunía entre los invitados a lo más selecto de la colonia, incluyendo al propio virrey.

Con frecuencia se reunían galanes al pie de la ventana de Leonor que cantaban sentidas coplas, esperando inútilmente que la joven se dignara asomarse. En muchas ocasiones, al encontrarse allí varios adoradores, se enzarzaban en reyertas que los alguaciles debían romper a golpes de tizona.

Una tarde, mientras tomaba chocolate en casa de su amiga la condesa de Monroy, informó a sus amistades que su padre había tenido a bien enviarla a la corte para que pudiera admirar las maravillas del Escorial y visitar a sus parientes y que haría el viaje en compañía de su dueña, doña Guiomar. Zarparía al mes siguiente en la nave “Santa Cruz”, que partirla desde Veracruz hacia Cádiz.

Entre sus adoradores hubo un revuelo de consternación. Leonor les abandonaba y en España caería bajo el hechizo de algún oficial de negro bigote y larga tizona, o de algún aristócrata de elegantes ademanes.

Como ninguno de sus adoradores obtenía ventaja sobre los demás, todos se creían los preferidos y así su corte no disminuía jamás, que era lo que Leonor precisamente deseaba.

Cuando partió para Veracruz en compañía de sus padres, acudieron casi todos a despedirla y la ausencia de unos cuantos no pudo disminuir la alegría que le causó la entristecida faz de su admiradores, y su corazón, tan lleno de coquetería, se sintió más animado.

Cuando embarcó en el “Santa Cruz”, a cuyo capitán había sido recomendada, se encontró con la sorpresa de que varios de sus amigos, los que no acudieron a despedirla, habían embarcado para

hacer el viaje en su compañía. Esto agradó mucho a Leonor, pues significaba que no se aburriría durante la travesía, ya que se encontraba entre ellos Somoza, que hacía bonitos versos, Peribáñez, que relataba unas historias tan divertidas, y Calderón, que tan bien cantaba. El viaje no tendría ni un momento de pesadez y ella podría torturarles con sus miradas hasta hacerles enloquecer. Luego, cuando llegaran a España, y conociera nuevos galanes, les despediría.

El buque zarpó y, confortada por estos agradables pensamientos, Leonor se durmió.

La nave continuó la travesía y progresivamente aumentó la desesperación de aquellos jóvenes a los que la muchacha zahería con sus cálidas miradas y sus conversaciones para apartarse suavemente después. Una mañana en que Leonor se hallaba rodeada por sus adoradores permitiendo que la admirasen, la muchacha sentía que estaba más hermosa que nunca. El traje blanco que lucía, resaltaba su esbelto talle y el amplio escote descubría la sedosa y blanca piel de sus hombros redondos. Su larga cabellera rizada caía bajo un sombrero adornado por una pluma que la protegía del sol. La piel nacarada de sus mejillas contrastaba con sus rojos labios, entre los que brillaban sus blancos e iguales dientes, y con sus ojos negros, sombreados por largas pestañas, que siempre mantenía entornados.

A corta distancia se sentaba la severa Guiomar, siempre vestida de negro, simulando no prestar atención.

Charlaban los jóvenes alegremente, sin preocuparse de otra cosa que de Leonor, lo cual complacía mucho a la interesada.

Peribáñez se dio cuenta de que el capitán del “Santa Cruz” miraba a través de su catalejo y de que hablaba muy nervioso con su segundo. Asimismo, algunos marineros se protegían los ojos con las manos para ver mejor.

Peribáñez siguió la dirección de la mirada de los hombres de mar y pudo ver un buque que navegaba hacia ellos con las velas desplegadas.

—Mirad —dijo— qué hermoso espectáculo.

Leonor admiró el navío, pensando si podría establecer conocimiento con sus pasajeros y así realizar nuevas conquistas. Somoza aseguró que parecía un ave inmensa de blanco plumaje, Calderón dijo que cantarían una balada marinera y doña Guiomar preguntó si serían piratas.

Como ninguno de los muchachos podía responder a esta pregunta, la dueña la repitió a un marinero que casualmente pasaba por allí.

Este se encogió de hombros y dijo:

—Lo ignoro, pero nada tendría de particular, ya que nos encontramos en plena ruta del Caribe.

Estas palabras cayeron como una bomba. Al principio nadie

habló, pero después Calderón rompió a reír.

—Si son filibusteros sabrán lo que valen nuestras espadas.

Casi todos ellos eran famosos en Méjico a causa de las peleas y los alborotos que promovían en la ciudad y se consideraban a sí mismos como peligrosos enemigos.

En aquel instante, un cañonazo partió del otro buque y fué a caer ante la proa del “Santa Cruz”. Al mismo tiempo izó la bandera negra de las tibias y la calavera.

Leonor lanzó un grito y doña Guiomar estuvo a punto de desmayarse. En cuanto a los jóvenes espadachines, palidieron visiblemente.

Calderón, aquel de todos era el más decidido, se acercó al capitán.

—¿Cómo es —dijo— que ponéis en peligro a una dama?

El marino le miró de mal modo.

—¡Idos al diablo! ¿Creéis que me he puesto yo en el camino de ese bucanero? Le conozco muy bien. Es el “Revenge”, de Walter Stout ¡Ah, bandido! —añadió—. Tarde o temprano, Villegas te mandará al infierno.

Calderón se estremeció.

—Poco ganaremos con...

El capitán le interrumpió de mal modo.

—Lo que se avecina no es una sesión de baile, señor mío. Os ruego ahora que os retiréis en compañía de la dama.

Iba a protestar el joven, pero un nuevo cañonazo le hizo palidecer y todos se apresuraron a obedecer las órdenes del marino.

Muy contritos, se retiraron al alcázar de popa, confiando en que el cielo les protegería.

El capitán se volvió a sus hombres.

—Hijos míos, preparad los machetes y cargad las piezas. Nos defenderemos mientras podamos.

Sabía, sin embargo, el bravo veterano que la lucha era casi imposible. Sus diez ligeras piezas nada podrían contra las cuarenta del “Revenge”.

* * *

Villegas, rodeado por sus tres amigos, permanecía junto a la borda del navío filibustero, mientras contemplaba cómo los cañones del “Revenge” bombardeaban el buque, en cuya popa flotaba la bandera de España, la bandera que él había jurado defender, bajo la cual combatió, y que entonces, por un capricho del destino, para mejor defenderla, debía atacar,

Walter Stout, Sharples y los demás oficiales daban órdenes sin cesar, mientras los cañones disparaban y la distancia entre las dos

naves se hacía más corta.

El contraмаestre ordenó:

—¡Preparen los garfios!

Los dos buques se encontraban ya muy juntos. Se distinguían a primera vista los semblantes de los españoles, que se disponían a repeler el abordaje.

—¡Ahora!

Los garfios volaron por el aire y fueron a caer en el buque contrario, haciendo presa en la borda.

Entre la tripulación bucanera estalló un griterío de entusiasmo. Diego desnudó su tizona, murmurando a sus compañeros:

—Golpead de plano.

Estos asintieron. Los cascos de los buques estaban ya muy cerca el uno del otro. Lanzando un grito de triunfo, el corsario saltó a la otra nave, antes de que comenzara el abordaje. Rápidamente le siguieron sus tres amigos y desde el navío filibustero pudieron ver cómo los cuatro repartían golpes, derribando a cuantos se interponían a su paso. Diego se abalanzó sobre el capitán, arrebatándole la espada de un golpe. Le sujetó con fuerza y colocándole una pistola en el pecho les gritó a los marineros:

—Rendíos; va en ello la vida de vuestro jefe.

El anciano pugnaba por librarse, pero disimuladamente le dijo el corsario:

—¡Por Satanás, no os mováis!

Asombrado, obedeció el marino, mientras sus subordinados entregaban las armas a Ohando, a Fajeda y a Pérez de Lerma.

Cuando Stout y los demás bucaneros saltaron al navío mercante, éste había sido capturado.

Walter se rascó la mal afeitada barbilla.

—¡Diablo! —exclamó—. Un buque capturado por cuatro hombres. No es mal comienzo el de esos españoles.

Sharpples torció el gesto. Confiaba en que su capitán le daría el mando de una nave y no le agradaba que nadie adquiriera prestigio.

Villegas, en cuanto vio que el barco había sido conquistado sin bajas, soltó al capitán y se dirigió al alcázar de popa después de decir al marino:

—¡Confiad en mí!

Enfundó la pistola y, empuñando la espada, descendió la escalera hasta los camarotes. Sus botas resonaron sobre las tablas del piso. De pronto se detuvo. Su fino oído percibió el susurro de una conversación en voz baja. Alzó el pie y descargó una patada que abrió la puerta, descerrajando la cerradura.

Leonor y sus amigos escuchaban con nerviosismo el bramido de los cañonazos que cada vez se oían más cerca. Por un tragaluz pudieron ver cómo se acercaba el buque pirata.

De pronto chocaron los dos cascos y en cubierta hubo un horrible alboroto. Luego, silencio.

De pronto oyeron unos pasos recios que se acercaban al camarote. La puerta saltó rota y un hombre alto y esbelto, de macizos hombros y estrechas caderas, y vestido completamente de negro entró en el, camarote. Su semblante enjuto, curtido por los soles y los vientos, se adornaba con un bigote. No lucía chambergo y sus negros cabellos le caían hasta los hombros. Al cinto, llevaba dos pistolas guarnecidas en plata y con la diestra empuñaba una larga tizona, que no centelleaba tanto como sus negros ojos.

Calderón, Peribáñez y Somoza, con la desesperación de la muerte, desnudaron sus espadas y se arrojaron los tres a la vez contra el bucanero, pero los tres barbilindos, que tan sólo habían demostrado su valor en escándalos callejeros, no representaban peligro alguno para un capitán español. De tres rápidas estocadas, arrancó los aceros de manos de los jóvenes; luego examinó a sus aterrados cautivos y ordenó:

—Seguidme.

Leonor fué la primera en obedecer, sin saber que resultaría de aquella aventura, pero se estremeció, ya que, al fijarse en ella, brilló una luz en los ojos del gallardo bucanero.

CAPITULO VIII

MERCANCÍA HUMANA

Seguido por sus cautivos, Villegas subió a cubierta. Los bucaneros, sorprendidos por el rápido fin de aquella lucha, permanecían inmóviles sobre cubierta, rodeando a los marineros capturados.

Stout y Sharples se miraban con sorpresa. Walter alzó la cabeza, al ver aparecer a los prisioneros, y un murmullo de admiración señaló la presencia de Leonor en el puente, que permanecía muy orgullosa, con la barbilla alzada.

—¿Habéis registrado el buque? —preguntó el filibustero.

—Aun no, capitán —respondió Diego—. Pero ya hemos hecho una buena presa.

—¿Cómo es eso?

—El buque se puede vender en la Tortuga y por la mercancía humana nos pagarán bien los plantadores de Jamaica. Especialmente por esta buena moza —agregó sujetando a la joven por la barbilla.

La expresión de reina ofendida que adoptó Leonor provocó la hilaridad de los bucaneros. La muchacha fijó sus ojos en Villegas, que sonreía con superioridad.

—¡Monstruo! —exclamó.

—Es urna pena que otro deba domarte —comentó el corsario—, pero el negocio es el negocio.

—Es una buena idea —aseguró Stout—. Eres un muchacho despierto, Diego.

—Gracias, capitán.

—Registrad el buque —ordenó Stout.

Los bucaneros se apresuraron a obedecerle, mientras los tres corsarios reunían a los prisioneros en un extremo del buque.

—Lo único que no me agrada —dijo Walter—, es que debamos arrastrar a este navío. Representará un lastre.

—Depende —respondió Villegas—. Siempre puede servirnos de ayuda para apresar un nuevo buque.

Sonrió el filibustero.

—Mientras lleve el cargamento encima no pienso abordar más naves.

—Entonces, ¿regresamos a la Tortuga? —preguntó Diego, simulando extrañeza.

—No. Tengo preparada una sorpresa. Ya verás —dijo Stout riendo.

Varios bucaneros regresaron de la inspección, con un alegre semblante.

—Capitán —dijo uno de ellos—, el buque va cargado de oro y de cacao. ¡Nos valdrá una fortuna!

Stout apoyó la mano en el hombro del español.

—Muchacho, gracias a ti hemos cobrado una buena pieza sin una sola baja.

Ordenó entonces Walter que trasladasen a su buque el cargamento capturado así como a los prisioneros. Volviéndose al español le dijo:

—Quedas encargado de la custodia de los cautivos. Parece que entiendes el negocio de esclavos.

Los filibusteros trasladaron a su nave los cofres cargados de Oro y repletos de cacao. Asimismo se apropiaron de los equipajes de los pasajeros y de todo cuanto en el buque tenía algún valor. Lo demás lo dejaron donde estaba o lo destruyeron. Los mapas del capitán fueron entregados a Stout por si podían serle útiles. Los vestidos de Leonor se los repartieron los proscritos para regalarlos a las mozas de la Tortuga. Las espadas guarnecidas de oro de los pasajeros serían bien pagadas en Jamaica. En cuanto a sus ropas sirvieron para que ellos mismos se adornaran.

Cuando todo hubo sido trasladado, Walter mandó separar los dos buques y prendió fuego al mercante,

El capitán contempló con lágrimas en los ojos cómo su nave se convertía en cenizas que iba a tragar el mar.

Villegas, ayudado por sus amigos, condujo a los prisioneros hacia la bodega. Leonor marchaba muy orgullosa, como una reina ofendida ante las miradas de admiración que le dirigían los piratas.

Pérez de Lerma, a quien divertía mucho aquella situación, murmuró, fijando sus burlones ojos en la muchacha.

—Cuánto daría por poderte comprar en el mercado.

Horrorizada, la joven continuó su camino. Diego hizo que todos los hombres entraran en la bodega y señaló a Leonor una pequeña cámara.

—Ahí puedes quedarte tú con tu criada.

Fajeda, al contemplar a la severa dueña, exclamó:

—No sé quién será el loco que quiera adquirir eso.

Doña Guiomar, aterrada, siguió a su ama,

Peribáñez aprovechó una oportunidad para acercarse al corsario.

—Oiga, buen hombre —dijo—. Comprenderéis, por poco que hayáis tratado con caballeros, que nosotros no podemos quedarnos aquí junto con esa chusma. Por tanto, os pido que busquéis otro lugar más a propósito para las personas bien nacidas.

Villegas miró al barbilindo de tal manera que hizo palidecer a

Peribáñez.

—Lo único que sé —exclamó el corsario— es que un caballero deja de serlo en cuanto no sabe defender a una dama. ¡Entrad, que peor os vais a ver en las plantaciones inglesas!

Peribáñez, de un salto, se ocultó entre los marineros, que le contemplaban con desprecio.

Entonces el español se acercó al anciano capitán.

—Veáis lo que veáis —le dijo en voz baja—, no desconfiéis de mí. Recordad que hice todo lo posible para evitar que hubiera víctimas.

El marino asintió.

—Sois español, os encontráis formando causa con los enemigos y sin embargo pedís que confíe en vos. ¿Cómo es eso?

—No os lo podría explicar, pues es demasiado largo. No confiéis a nadie lo que he dicho y esperad mis instrucciones. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Bernardo Salvatierra. ¿Y el vuestro?

—Diego.

El marino abrió los ojos.

—¡Diego! ¿Seréis acaso...?

El corsario sonrió, interrumpiendo al capitán:

—Buenas tardes.

* * *

El “Revenge” navegaba plácidamente por las tropicales y azules aguas del Caribe, en las que las estrellas reflejaban su inquieto parpadeo.

Con las luces encendidas, como un vulgar buque mercante, el navío continuaba su marcha, transportando su cargamento de sangre y de odios. Si alguien hubiera podido distinguir en la distancia al “Revenge” no hubiera creído la terrible historia de muerte que seguía su estela.

Los bucaneros, cansados por la lucha, descansaban en sus literas. Tan sólo el vigía y el timonel permanecían despiertos y en sus puestos. Todos los demás dormían un sueño ligero e inquieto, como el de fieras siempre al acecho.

Una alta figura vestida de negro apareció en cubierta, acodándose en la borda. Contempló en silencio el mar que se deslizaba bajo el casco del buque y aspiró a pleno pulmón la fresca brisa de la noche.

Villegas, pues de él se trataba, pasó revista a los últimos acontecimientos. La suerte, de la que él nunca había dudado, le protegía como una mujer enamorada, que no abandona al hombre amado a pesar de todas las pruebas.

Nada más llegar a la Tortuga le puso en contacto con Stout y

entonces le guiaba sin ningún género de dudas, hacia la isla en la que Stout se ocultaba. Una vez allí ya decidiría qué era lo más adecuado para capturar a Stout. Por lo pronto, pudo darse cuenta de que su prestigio entre los bucaneros había crecido considerablemente.

Oyó unos pasos a su espalda y se volvió con presteza, llevándose las manos a las pistolas que lucía en el cinto, únicas armas que entonces conservaba sobre su persona.

Ante él vio a Leonor de Carrizales, que avanzaba con su más seductora sonrisa. La joven se había despojado de su sombrero y la cabellera cobriza caía por su espalda. A la luz de la luna parecía mucho más pálida y su vestido blanco le daba cierto aspecto de aparición sobrenatural. Tan sólo gracias a su increíble aplomo logró el español conservar su serenidad.

Por un instante, Leonor se sintió cohibida. Se arrepintió del impulso que la obligó a salir de su cámara para ir en busca de aquel bucanero guapo y sonriente. Involuntariamente se sintió atraída por él y, a pesar de ser quien la capturó, creyó que podía esperar su ayuda. Recordaba además el brillo de sus ojos y juzgo que del mismo modo que subyugó a tan cumplidos caballeros lograría rendir a aquel aventurero salvaje y audaz.

Pero al verle entonces sintió miedo. Formaba, con sus ropas negras y su tez bronceada, una hermosa figura, pero sombría y llena de varonil pujanza y vigor.

Por primera vez en su vida se sintió tímida ante un hombre,

—¿Qué haces aquí, muchacha? —preguntó.

Leonor titubeó antes de hablar. ¿Qué podía decirle?

—¿No tienes miedo de andar entre esta chusma? —dijo él nuevamente, con cierto matiz de burla en su voz.



Ante él vió a Leonor de Carrizales.

Estas palabras parecieron romper la cortedad de la joven. La pregunta implicaba un elogio velado, hacía honor a su belleza.

—Quería hablar con vos —declaró dulcemente.

—¿Conmigo? —exclamó Villegas enarcando las cejas.

La muchacha asintió, al tiempo que le dirigía su más cautivadora sonrisa y fijaba en él sus aterciopelada mirada. Las largas pestañas, al entornar los párpados, acariciaban casi sus sedosas mejillas. El

corsario nada dijo, limitándose a mirarla de un modo que hizo que ella sintiera el fuego de sus ojos en el corazón.

Leonor, no dudando de su triunfo, avanzó hacia él, y se reclinó en la borda. Diego la contempló en silencio y luego dijo:

—Bien, ya estás aquí. Habla.

La muchacha no respondió de momento. Se limitó a contemplar la noche, ladeando graciosamente el cuello, de modo que su cabellera vertiera su perfume hacia el corsario.

—¡Qué noche más hermosa! —suspiró—. Me parece imposible que sea cierto todo lo que ha ocurrido. No puedo creer que van a venderme como esclava. —De pronto se estremeció, volviéndose hacia el joven. Su semblante reflejaba la más vivamente estudiada desolación. Sus labios temblaban de miedo.— ¡Será horrible tener que servir de criada, a alguna mujer grosera y ruin! ¡O quizá caer en manos de algún plantador torpe y gordo! —De nuevo tembló y su voz se quebró en un sollozo. Fijó una vez más sus ojos en el corsario y dijo, como una niña que pide protección:— Pero vos no lo permitiréis, ¿verdad? Quedó esperando la respuesta del joven, que permanecía en pie, contemplándola con una rara luz en sus negras pupilas y una sonrisa sardónica en los labios. Se acercó a él y apoyó una fina mano en la negra camisa, bajo la que sintió los músculos acerados del hombre que vive en plena naturaleza. —¿No lo permitiréis, verdad?

—Lo intentaré.

Sonrió aliviada la muchacha. Tardó en retirar la mano y adoptó una expresión ingenua:

—Sabía que podía confiar en vos —exclamó—. Mi nombre es Leonor de Carrizales. ¿Y el vuestro?

—Diego.

La joven le miró con asombro.

—¿Nada más?

—A causa de mis ropas suelen llamarme el Negro.

Sonrió ella nuevamente, ya que le habían dicho infinidad de veces que su risa y sus ojos eran sus armas más temibles.

—Os llamaré Diego. Mi padre es un hombre de mucha influencia y no menos riquezas. Si me salváis podéis contar ante todo con vuestro indulto.

El aventurero permaneció inmóvil, con la mirada fija en el dulce semblante de la muchacha, una mirada fogosa, y penetrante que la turbó.

—¿Y qué otra cosa me daríais para recompensarme? —dijo.

Leonor, asustada por su expresión, apartó la vista.

—Pues... lo que pidierais —aseguró—, y podéis fijar vos mismo la cantidad.

Villegas no se movió.

—Tan sólo una cosa puede pagarme los riesgos a los que me expondría para salvarte.

Cada vez más nerviosa, la joven preguntó:

—¿Y qué es ello?

Sin apresurarse, el aventurero tomó con la mano derecha la barbilla de Leonor y la obligó a resistir su mirada. Los ojos de Diego brillan de pasión y su boca aparecía crispada en una sonrisa, que descubría sobre la piel bronceada sus blancos dientes.

—Tan sólo una cosa podría recompensarme —repitió—: Un beso de tus labios.

La joven lanzó un grito de terror y huyó hacia su camarote, sin poder ver que Villegas, apoyado en la borda, reía a mandíbula batiente, viéndola alejarse.

CAPITULO IX

LA GUARIDA DE STOUT

Bañada por el sol tropical, surgiendo de las aguas como una leyenda, aparecía una isla cubierta de frondosa vegetación. No se advertían playas y toda la costa era a simple vista una escarpada barrera de rotas y de arrecifes contra los que furiosamente batían las olas.

Después, casi sin transición, se alzaban bosques de cocoteros y de palmeras, entre los que las lianas formaban una muralla de verdor.

Por encima de las copas de los árboles volaban aves de colorido plumaje, que evitaban que la isla semejava una ilusión.

Apoyado en la borda del “Revenge”, Villegas contemplaba la isla ante la que tantas veces debió pasar, buscando en vano a Walter Stout.

El bucanero se acercó al joven.

—¿Qué te parece mi refugio?

Diego se acarició el bigote.

—Si no es volando, no sé cómo podéis desembarcar.

El capitán rompió a reír.

—Esto demuestra lo bien que elijo mis guaridas. Nadie sería capaz de descubrirme aquí. Estoy seguro de que Villegas y sus corsarios han pasado ante esta isla sin sospechar jamás que yo estoy dentro.

Diego asintió.

—Estoy seguro de que Villegas no tiene la menor idea de que en esta isla pueda ocultarse un buque. Pero, aunque lo supiera, ¿se atrevería a venir a buscarnos?

Stout se encogió de hombros.

—No lo sé. Prefiero que siga ignorándolo, pues me disgusta exponerme a riesgos innecesarios. Si Villegas me ataca me defenderé, pero yo no busco la lucha. Es peligroso buscar tanto riesgo. Ya ves lo que le ocurrió a François L'Olonads. Quiso ganar mucho en un golpe y murió. Aseguran que fué Villegas y a mí no me extraña. Dicen que ese corsario es un hombre audaz y peligroso. De todos modos no me da miedo. Si le encuentro le presentaré batalla, pero no iré a buscarle.

El “Revenge” circundó la isla, hasta llegar a una caleta de estrecha entrada que era imposible descubrir a cierta distancia. El buque entró en la ensenada, cruzando entre los dos inmensos acantilados que semejaban altos bastiones de una fortaleza.

Después la caleta se ensanchaba, mostrando una playa amplia donde el mar parecía un lago tranquilo y transparente. Al final de la

arena comenzaba el bosque, que se hubiera dicho que era una intrincada muralla verde, donde jamás había entrado el sol.

“El Revenge” atracó a corta distancia de la playa y en lanchas los hombres desembarcaron su tesoro, que fueron transportando a hombros hacia una cueva que se abría a uno de los costados de la caleta, entre las rocas.

El mar entraba hasta muy adentro de la cueva y vista desde la arena, no se hubiera creído que el interior fuera seco. Después de marchar un buen rato chapoteando en el agua, los bucaneros llegaron a una habitación de suelo arenoso, iluminada por unos rayos de sol que entraban por una abertura entre las rocas.

Una vez allí depositaron los cofres en el suelo y salieron nuevamente a la playa,

Stout contemplaba el magnífico espectáculo acariciándose la barba.

—Zarparemos al amanecer —le informó a su segundo—. Creo que esta vez no es arriesgado, puesto que no es fácil que se enteren de la captura del “Santa Cruz”.

—A la orden —dijo Sharples.

Villegas le escuchó distraídamente. En su interior se dijo que no pensaba desaprovechar aquella oportunidad y puesto que en tierra la brutal disciplina de las naves piratas se relajaba un tanto y de este modo podría sacar más partido de su situación.

Se acercó a Fajeda y le dijo:

—Procura que esta noche se rompa el timón.

El catalán asintió.

—No hay cuidado. A la hora de zarpar la cadena estará rota.

Diego sonrió. Para reparar esta avería harían falta muchos días y durante estas jornadas tendría tiempo suficiente de llevar adelante su plan.

Los bucaneros desembarcaron, satisfechos de poder descansar en tierra firme.

Recorrieron la isla, recogiendo frutos y cazando aves que representaban un cambio en la insípida comida de a bordo.

Villegas derribó varias a tiros, despertando una vez más la admiración de los proscritos. Mientras se asaban los pájaros sobre las hogueras, los hombres formaron un corro alrededor del corsario, que les relataba anécdotas de su vida y les hacía reír. Más tarde Pérez, de Lerma tomó la vihuela y entonó unas canciones, que mantuvieron a los hombres en silencio.

Ohando desafió a los bucaneros a lanzar la barra y Fajeda hizo pruebas de pulso.

Al anochecer, los filibusteros se retiraron a la nave y se tendieron en las literas, disponiéndose a dormir. Medía hora después, en el navío

reinaba el más absoluto silencio. Tan sólo los centinelas velaban. Una figura se deslizó por la cubierta. Lucía muy poca ropa y sus pies descalzos no hacían ningún ruido sobre la madera. Se dirigió a la popa, descolgándose por la borda hasta llegar al timón. Cualquier descuido podía descubrirle a los ojos de los centinelas y esto significaría la muerte. Fajeda, fiando en la precisión de sus músculos, descendió hasta la cadena del timón. Una vez allí, sacó una barra de hierro y la metió en uno de los eslabones. Puso todos sus músculos en tensión hasta que la cadena se rompió. Varias veces repitió la misma operación.

Luego regresó a su litera con tanta precisión como había salido.

* * *

Las nieblas del amanecer se extendían por el buque. Los centinelas del último turno respiraban el aire salobre del mar, mezclado con la fresca brisa matutina.

El contramaestre estiró sus poderosos brazos y se dispuso a despertar a los bucaneros. Envío a uno de los centinelas para avisar a Stout, a Sharpples y al condestable. Luego entró en los dormitorios y comenzó a gritar:

—¡En pie todo el mundo! ¡Ha llegado el momento de partir!

Los filibusteros saltaron de las literas y se dispusieron a subir a cubierta. Se oyó el silbato del contramaestre que repetía las órdenes de Stout. Los hombres iniciaron la maniobra. Las velas se desplegaron, mientras hacían girar el cabestrante, que izaba el anda.

De pronto, el timonel gritó:

—¡Se ha roto la cadena!

Walter se volvió hacia él.

—¿Estas seguro?

—Segurísimo. No me responde el mando.

El capitán se volvió a los tripulantes.

—¡Lanzad el ancla!

Con rapidez, los hombres obedecieron, y una columna de agua se alzó del mar, mientras las velas eran recogidas.

Stout envió a dos hombres a que examinaran la cadena y éstos regresaron al poco rato.

—Se ha roto, en efecto.

—¿Tardaréis mucho en arreglarla?

Uno de los bucaneros se rascó la barbilla.

—En la Tortuga tardaríamos apenas tres días. Aquí lo menos semana y media.

Stomt se encogió de hombros.

—Quizá haya sido mejor así —dijo. Luego, volviéndose a

Sharples, ordenó:— Que desembarque todo el mundo. —Hizo una pausa y le informó a su segundo:— Por una vez quise variar mi táctica y el destino lo ha dispuesto de otro modo. Será mejor que nos atengamos a la costumbre.

Comenzó el desembarco y los bucaneros se extendieron por la playa, construyendo un sin fin de toldos con ramas de palmera y follaje de la selva.

Villegas se acercó al capitán.

—Creo que sería conveniente desembarcar a los prisioneros —dijo—. En tierra podrían trabajar y moverse de modo que cuando los vendiéramos se hallarían en mejores condiciones y nos pagarían más.

Stout asintió.

—Desde luego. Pero procura que ninguno se suicide antes de embarcarlos de nuevo.

—No hay cuidado.

Walter dio una palmada en el hombro del joven y exclamó:

—Lo dicho, eres un mozo listo.

Diego sacó a los prisioneros de la bodega y los trasladó a tierra en una lancha, custodiados por sus tres amigos.

Una vez en la playa, les distribuyó hachas, conduciéndoles al bosque. Les hizo cortar varios árboles, de modo que pudieran construir un bohío. Levantó otro de más reducidas dimensiones para albergar a Leonor y doña Guiomar, que aun se encontraban en el buque.

Bajo las miradas de codicia de los bucaneros, la muchacha y su dueña descendieron a tierra. Sharples la contemplaba en silencio, con una mirada de extraño fulgor.

* * *

Por la noche, mientras todos dormían, una sombra se acercó al bohío donde descansaba Leonor.

Miró a su alrededor para asegurarse que no le vigilaban y llamó en voz baja:

—¡Muchacha! ¡Muchacha!

Leonor, que por lo visto no dormía respondió asustada:

—¿Qué ocurre?

—No hables tan alto —le recomendó el desconocido—. Sal que quiero hablar contigo.

Obedeció la joven, encontrándose ante un atildado bucanero. A la luz de la luna pudo reconocer sus pálidas facciones. Era Bartholomew Sharples, el segundo del “Revenge”.

A su vez el filibustero la devoró con los ojos. La llama de la pasión brillaba en ellos, como una luz maligna y repelente.

—¿Qué queréis? —preguntó Leonor.

Sharpples tardó en responder.

—Necesitaba hablarte, muchacha —aseguró—. He conocido muchas mujeres, pero ninguna como tú. Desde el momento en que te vi en el “Santa Cruz” me di cuenta de que no volvería a ver a otra igual. Eres blanca como las perlas y yo quisiera cubrirte de ellas, tu garganta, tus hombros...

Leonor creyó oportuno interrumpirle.

—¿Era para decirme eso que me habéis llamado?

Sharpples sonrió.

—No, muchacha. Es más importante lo que aquí me trae.

—Bien. Hablad.

Bartholomew se acercó más a ella.

—Este aire orgulloso de reina es lo que más me gusta en ti. Es la superioridad que siempre demuestras lo que me ha conquistado.

Asustada, Leonor dio un paso atrás. El bucanero la tomó por la muñeca.

—No quiero hacerte daño. En ocasiones sé ser muy cariñoso. Fíjate en lo que voy a decirte. Si consientes en ser mía, le diré al capitán que no te vendan. Yo me quedaré contigo y vivirás en la Tortuga, como una reina. Te cubriré de joyas y todo el botín que obtenga en mis correrías será para ti.

La muchacha estaba a punto de romper a llorar. Se apartó temblorosa, incapaz de pronunciar palabra.

De pronto, de la noche llegó una voz que ordenaba:

—Apártate, Sharpples.

CAPITULO X

EL DESPRECIO DE LEONOR

Bartholomew se hizo a un lado, llevándose la mano a la espada.

De las sombras surgió una alta figura vestida de negro. Los dos protagonistas de aquella escena reconocieron a Diego. Incluso a la luz de la luna pudieron ver la mirada amenazadora de sus ojos y la expresión terrible de sus contraídas facciones.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al filibustero.

Sharpples irguió la cabeza con orgullo,

—¿Y tú quién eres para preguntarlo? Estás hablando con el segundo del capitán Stout.

—Pues yo soy el encargado de vigilar a los cautivos y además he oído tu conversación.

—¡Te voy a abrir en canal! —rugió el filibustero, cerrando la mano sobre la espada.

—Estamos de acuerdo en nuestras intenciones —respondió Villegas, sin inmutarse—, pero será mejor que nos alejemos de este lugar.

—¿Para qué?

—¿Te agradaría que repitiese tus palabras a los hombres? No les satisfecería mucho enterarse de que querías engañarles. Es posible que te ahorcaran.

—¿Por qué no se lo dices? —exclamó Bartholomew.

—Porque quiero tener el placer de matarte yo mismo.

Sin más palabras, se alejaron los dos hombres, dejando a Leonor presa de las distintas sensaciones.

Muy juntos, para que ninguno de los dos pudiera atacar a traición, se encaminaron los enemigos hacia los acantilados. Aquel pleito debían solucionarlo personalmente, sin testigos de ninguna clase.

Diego había oído las palabras del bucanero y, por tanto, no ignoraba cuáles eran sus intenciones. Sharpples intuía que en el español se encontraba un rival que podía interponerse entre él y la muchacha. Uno de los dos no debía regresar de aquel paseo a la luz de la luna. Fríamente, dominados por un odio que no salía a la superficie, los dos enemigos llegaron a la parte alta de los acantilados. Unas escarpadas rocas les ocultaban a la vista del campamento.

Villegas explicó las ventajas de aquel lugar.

—El que muera puede ser arrojado al mar y así el superviviente no deberá dar explicaciones enojosas. Y, ahora, señor enamorado, ¡en

guardia!

Floreció en la diestra del español el acerado destello de una tizona. A su vez, Sharples desnudó su acero.

A la luz de la luna se midieron ambos adversarios y luego se atacaron con furor. Las espadas chocaron, pero su seco golpear quedó ahogado por el romper de las olas contra las rocas.

Muy cerca de los luchadores se veía cortado a pico el acantilado. Cualquier descuido podía lanzar a uno de los dos a una muerte segura.

Sharples procuraba empujar a su enemigo hacia el precipicio y despeñarle. Por fortuna era él quien atacaba y desplegaba toda su habilidad de esgrimidor para lanzar al joven al mar.

Pero Villegas cortaba el paso de su acero con matemática precisión. Una y otra vez desvió sus estocadas, presentando ante la punta acerada la hoja de su tizona. Pero el ataque del bucanero le obligaba a retroceder. Lentamente, Bartholomew, con una sonrisa de crueldad le empujaba hacia el precipicio.

La fuerte brisa marina golpeaba a los dos luchadores.

Villegas desvió una estocada al hombro y lanzó una finta al pecho que el bucanero se apresuró a parar, quedando de este modo a la defensiva. Comenzó a hostigar a Sharples, alejándose del precipicio. Con dificultad, lograba el bucanero contener el furioso ataque del español.

Con sus ropas negras, a la luz de la luna, el aventurero semejaba una sombría imagen de la muerte.

De pronto la tizona del corsario rasgó la mejilla de Bartholomew. El filibustero palideció. Sus ojos se agrandaron al comprender la personalidad de su antagonista.

—¡Diego de Villegas! —exclamó.

Sonrió con ferocidad el aludido.

—Sí —confesó—. Yo soy y he venido a destruirlos.

Enloquecido, Sharples quiso poner sobre aviso a sus compañeros. Gritó, pero el rumor del mar ahogó su voz.

Villegas se lanzó a fondo, atravesando la garganta del bucanero. Bartholomew se estremeció. Soltó la espada y cayó sin vida.

Diego examinó a su víctima. Como era su costumbre, le avisó, rasgándole la mejilla. Luego le mató. El único bucanero que conocía su identidad ya no podría delatarle. Los muertos no hablan. Quizá tuviera razón el antiguo proverbio pirata.

Enfundó la tizona y levantó el cadáver en vilo. Luego, lo arrojó al mar junto con su espada. Incluso desde aquella altura, pudo ver cómo los tiburones que merodeaban por la isla se lanzaron sobre el muerto. Las aletas triangulares se hundieron, cuando los terribles devoradores de hombres atacaron al que en vida se llamó Bartholomew Sharples.

A la mañana siguiente, Stout llamó a su segundo. Le buscaron inútilmente por todo el campamento y varios grupos de bucaneros recorrieron la isla. Todo en vano.

Walter se mostraba inquieto sin saber qué podía haberle ocurrido a su segundo. Transcurrió así todo el día y al anochecer, el capitán llamó a Villegas.

—Diego —le dijo—. Temo que a Sharpples le haya ocurrido algo.

El corsario no respondió, disponiéndose a la defensa en el caso improbable de que le acusasen de lo ocurrido.

—Si no aparece, y me temo mucho que no le veamos más— continuó el filibustero —, quedarás tú de segundo en mi barco.

El español quedó tan asombrado por este nuevo favor de la suerte, que no se atrevió a contestar. El bucanero tomó su silencio por modestia y le dio una palmada en el hombro.

—Te lo mereces. Eres de todos el que más vale y aun voy a decirte que he salido ganando con el cambio. Te prefiero a ti a Bartholomew.

Villegas se atrevió a preguntar.

—¿Y qué creéis que le ha ocurrido a Sharpples?

Se encogió de hombros el capitán filibustero.

—No sé. Quizá se despeñó por un acantilado. Es la única explicación plausible.

Cuando la noticia se extendió por la tripulación del “Revenge”, todos creyeron como Stout, que habían salido ganando con el cambio. Bartholomew Sharpples se había hecho antipático a los bucaneros y en cambio el español logró atraerse la admiración de todos a causa de su valor y de su alegría. Recibieron al nuevo segundo con grandes muestras de entusiasmo y muchos rogaron para que Sharpples no reapareciera. Al parecer, sus deseos fueron atendidos.

Villegas se encaminó hacia el lugar donde se encontraban los cautivos. Necesitaba hablar con el viejo capitán, para decirle que estuviera preparado para actuar, pues las circunstancias parecían dispuestas a favorecerle.

También deseaba hablar con Leonor de Carrizales. No tenía ninguna razón especial para hacerlo, tan sólo que aquella muchacha le agradaba mucho. Desde el triste episodio de Isabel, ninguna de las mujeres que conoció en los distintos puertos del Caribe le habían impresionado tanto como Leonor. Quizá fué su orgulloso mentón que se alzaba con desprecio o quizá la rígida y erecta espalda lo que hizo que el corsario se fijara en día. Su voz era dulce y acariciadora y debía ser una dicha infinita poderse mirar en sus aterciopeladas pupilas, mientras se ofrecían los labios rojos.

La encontró sentada a la puerta de su bohío. Villegas se descubrió galantemente y sonrió a la muchacha.

—¿Se te ha pasado ya el miedo? —preguntó.

Leonor le dirigió una mirada de desprecio. Su mentón se alzó aún más.

—¿Debo felicitaros por el ascenso? —dijo con fría entonación.

Diego no se inmutó.

—¿Te lo han dicho? Bueno, así me evitan un trabajo,

Villegas se colocó al lado de la muchacha, para protegerse del sol con la sombra del bohío.

—De ahora en adelante, mi amigo el Vasco cuidará de vosotros.

Leonor se encogió de hombros.

—Me es igual. Tanto me importa que me vigile un pirata como otro.

—Sin embargo —dijo el español,— de no haber sido por este pirata no sé cuál hubiera sido tu suerte. Al apresarte yo, evité que fueras objeto de malos tratos.

La muchacha quedó un instante silenciosa. Después dijo:

—Quizá lo hicisteis para obtener más beneficios en el mercado de esclavos.

Diego tardó en responder. Sus ojos negros se fijaron sobre la cabellera cobriza que caía por la erecta espalda de la muchacha. Su hermoso semblante aparecía vuelto hacia otro lado, como si no pudiera soportar la presencia del aventurero. Los rojos labios se curvaban con altanero desprecio.



—¡Diego de Villegas! — exclamó

—Leonor —exclamó el corsario,— mírame.

La joven volvió hacia él sus ojos. Diego permanecía en pie muy cerca de ella. Su bronceado semblante destacaba sobre la camisa negra. De toda su persona emanaba un vaho de fuerza y de pujanza. Era un hombre de guerra, duro y batallador.

—Te suplico que no juzgues mis acciones—continuó Villegas —. Hasta que todo quede aclarado.

Hizo la joven un gesto de extrañeza.

—¿Aclarado? ¿Qué queréis decir?

Diego sonrió.

—Nada podría decirte ahora para que lo comprendieras y quizá no pueda hacerlo nunca. De todos modos confía en mí. No siempre nuestras acciones responden al motivo que parece inspirarlas,

Leonor bajó la vista y sus labios se contrajeron con amargura.

—Es cierto —dijo—. Ayer no creía que mataríais a Sharpples para ocupar su puesto.

Diego sonrió más abiertamente aún.

—Entonces ¿por qué creíste que lo había hecho?

Alzó nuevamente los ojos la muchacha mientras decía:

—Creí que le habíais provocado para... —se detuvo al ver la sonrisa del corsario. En su mirada brilló una luz de dureza y agregó:— ¡No importa lo que yo creyese! Ahora sé que buscasteis una ocasión para matar a Sharpples porque deseabais ocupar su puesto.

El corsario no pareció afectarse por la injuria.

—¿Eso crees de mí? ¿Qué es lo que creías antes?

—No os importa, pero recé para que nada os ocurriera —dijo ella furiosa.

Villegas dio un paso hacia la muchacha. Esta se puso en pie, como si se dispusiera a marcharse.

—Espera —le ordenó el aventurero. Como embrujada, la joven quedó inmóvil.— Leonor —volvió a decir Diego—, ¿y si yo te dijera que no te equivocaste al rezar por mí?

La muchacha se estremeció. Sus grandes ojos negros parecieron sonreír, pero de pronto se irguió con orgullo.

—Yo no hablo con piratas —dijo, separándose de Diego y entrando en su bohío.

CAPITULO XI

FRENTE A FRENTE

Los días pasaron con igual monotonía. Los marineros trabajaban reparando la cadena del timón, mientras en la playa los demás bucaneros descansaban o se entretenían cazando y pescando. Algunos jugaban a los dados o escuchaban las divertidas historias que relataba Diego el Negro. Casi todas las noches, rogaban a Pérez de Lerma que cantase, cosa que él hacía sin tardar.

Stout se sentía satisfecho. Su experiencia de aventurero le había enseñado que una tripulación ociosa y desembarcada era campo abonado de disturbios y motines. En las otras ocasiones en que estuvo obligado a permanecer en su guarida, tanto él como el desaparecido Sharpples debieron hacer grandes esfuerzos para evitar todas estas contingencias, pero aquella vez se hubiera dicho que la situación no podía mejorar. Su nuevo segundo era todo un hombre y gobernaba, a los bucaneros con la rigidez propia de un buque de guerra. Tan sólo al principio debió castigar a dos bucaneros que pretendieron batirse. Los hizo atar a un poste y allí permanecieron durante un día completo. Desde entonces nada más ocurrió. Y lo más gracioso era que los hombres se mostraban encantados con Diego el Negro, a quien ayudaban mucho sus tres amigos.

En realidad, para Villegas era una tarea muy sencilla imponerse a los bucaneros después de gobernada a sus pendencieros y revoltosos corsarios.

Aparte de Peribáñez, de Somoza y de Calderón, la persona más desesperada del campamento era Leonor de Carrizales. Todos los demás cautivos se veían confortados por las palabras de su capitán, quien, sin revelarles nada de lo que le dijo Villegas, no dejaba pasar un día sin animarles,

Pero la muchacha pasaba los momentos más amargos de su vida y no precisamente a causa de su cautiverio. Solía estar de mal humor y silenciosa, atisbando siempre la llegada de un hombre vestido de negro. Y cuando éste aparecía, se hubiera dicho que todos sus nervios se desquiciaban, lanzados en contra del visitante.

En realidad, Leonor se sentía muy desgraciada. Desde muy joven se vio asediada por los hombres y siempre logró cautivarlos sin que jamás alguno hiciera presa en su corazón. Ninguno podía jactarse de haberle interesado. En Méjico solían decir que no tenía sentimientos, pero esto no era cierto del todo. Leonor logró dominar el afecto que alguno de sus elegantes adoradores pudiera haber despertado, ya que

deseaba unirse a algún noble de la península. Por esta razón se empeñó tanto en el viaje a la corte, confiando siempre en que dejaría de ser Leonor de Carrizales, para convertirse en condesa o quizá en marquesa. Y de pronto surgió un hombre en su vida que todo lo trastornaba. No era noble, ni siquiera un mercader de importancia. Era tan sólo un aventurero, que no tenía nombre y al que todos llamaban Diego el Negro. De él tan sólo había recibido desplantes, fué él quien la capturó proponiendo que la vendieran como esclava. Con la mayor desfachatez, le pidió que le besara. Era cruel y audaz, y sin embargo se había clavado por completo en sus pensamientos. Aunque no era un caballero no podía negarse que había una natural distinción en toda su persona. Por su bronceada tez podía adivinarse que había aguantado los soles de todo el mundo durante una vida errante. Pero de aquel moreno aventurero se desprendía tal atracción, que Leonor deseaba inconscientemente refugiarse entre sus musculosos brazos y sentir sobre sus labios los besos ardientes de Diego el Negro.

La desesperaba tanto este amor alocado, que con frecuencia lloraba de rabia y en la noche del duelo rezó para que se salvara el español y se mantuvo despierta hasta verle regresar, solo y a salvo.

Hacia varios días, desde que deliberadamente le insultó, que no había podido hablar con el corsario y si razonaba fríamente se decía que era lo mejor, por otra parte lo deseaba con todas las fuerzas de su ser.

Una mañana vio cómo Diego se acercaba al bohío que ocupaban los demás prisioneros. Casi sin darse cuenta de lo que hacía se situó a la puerta del suyo, esperando que el joven la viera, pero éste no pareció darse cuenta. Entró en la choza y permaneció un buen rato en el interior. Luego salió. Leonor seguía en el mismo sitio de antes.

El corsario simuló entonces reparar en ella y se acercó sonriendo. No le guardaba ningún rencor por las injurias que le había dirigido. En realidad, le agradaba que aquella muchacha tratara con desprecio a un pirata, a pesar de encontrarse en sus manos. Además, se sentía alegre porque ella había confesado su amor por él al decirle que rezó la noche del desafío. Creía Diego que aquella era la mujer con la que había soñado durante mucho tiempo y la que podría aguardar en Santo Domingo a que él regresara de sus expediciones en corso.

Leonor contempló, con creciente emoción, al bronceado aventurero de los trópicos. Ante él se sentía indefensa. Con todas sus fuerzas luchó contra esta sensación. No debía dejarse fascinar por aquel pirata.

—¿Cómo te encuentras, Leonor? —le preguntó con desenfado.

—¿Cómo queréis que se encuentre una persona de buena condición cuando se la reduce a este estado?

Villegas no respondió de momento. Se llegó junto a ella,

sentándose próximo a la puerta del bohío. La muchacha le imitó, aunque todos sus sentidos se revelaban contra aquel proscrito.

—Cuanto más alta es la condición de una persona, mayor es su obligación de aceptar los cambios del destino.

La joven le dirigió una mirada de burla.

—¿Es que vais a contarme la historia del caballero bien nacido al que las circunstancias empujan a la piratería? —preguntó.

—No, no pienso hacerlo —declaró Diego—. Simplemente he dicho lo que pienso, Pero no sería extraño que un noble se viera lanzado a la aventura.

—¿Lo creéis así?

—Quizá. El duque de Saboya comenzó su vida de soldado y más tarde fué general. Siempre recordó la época de servicio en filas como la más venturosa de su existencia.

Leonor irguió la cabeza.

—Un verdadero noble jamás puede olvidar su condición y por tanto nunca se mezclará con la chusma. Los gentilhombres de España son aquellos que rodeara al rey en Madrid.

—¿Habéis conocido algún gentilhombre? —preguntó el corsario con sorna.

La muchacha quedó silenciosa. En realidad no esperaba esta pregunta y no supo qué contestar. Enseguida se enfureció al pensar que aquel aventurero pudiera abochornarla.

—He conocido a muchos en Méjico. Eran amigos de mi padre. Tres de ellos fueron capturados por vos.

Rompió a reír Diego.

—¡Vaya caballeros que se dejan prender sin luchar! ¡Desgraciado del rey dé España si no tuviera mejores defensores!

Cada vez más indignada, Leonor preguntó:

—¿A qué defensores os referís?

—A los hidalgos, a los nobles y a los soldados que todo lo abandonan para formar las filas de luchadores que conquistan o defienden tierras para Su Majestad.

—Poco deben poseer cuando así arriesgan la vida —dijo la joven.

Villegas hizo un gesto de duda.

—Quizá poseen todo lo que hace la vida agradable y, al conocer su verdadero valor, comprenden que no hay mejor modo de emplearla más que arriesgándola al servicio de una causa digna y grande, como es el servicio de su país.

—Conozco este servicio o me lo imagino —dijo la joven—. Reunirse con gente que carecen de modales y de crianza, marchando siempre de un lugar para otro, con el arma al cinto, hablando a gritos, sucios y mal comidos. —Hizo una pausa y declaró categóricamente:— Jamás me casaría con un hombre así.

Villegas la miró con sus ojos oscuros y profundos.

—¿Y si le amaras?

—¡Qué tontería! —se burló Leonor—. ¿Cómo podría ser eso? Jamás llegaríamos a conocernos. Somos de distintas capas sociales.

—Pero, suponiendo que le amaras, ¿qué es lo que harías?

Recordó la muchacha que había confesado que rezó por él y supuso a qué se debía esta pregunta. Con un gran esfuerzo, logró decir:

—En el caso improbable que hubiera enloquecido lo bastante para amar a un ser de esta clase, me arrancaría el corazón si fuera preciso para alejarme de su lado.

Quedaron silenciosos los dos jóvenes. Diego golpeó la arena con la bota. Luego volvió a preguntar:

—¿Y en el caso que la salvación de ese hombre dependiera de tu amor?

Con la cabeza muy erguida, orgullosa como una reina, respondió la muchacha:

—Nada tengo que ver con lo que les ocurra a esos aventureros despreciables.

Algo molesto replicó el corsario:

—Es de nobles corazones, lo que equivale a noble condición, el saber perdonar y el sacrificarse por la persona amada.

—Ante todo debemos velar por nuestra propia dignidad y ésta se pierde al descender de posición. Las personas bien nacidas no podemos unirnos a aquel que no esté a nuestra altura.

Los dos jóvenes guardaron unos instantes de un silencio furioso e inquieto, bajo el que bullía su indignación.

Al fin, Diego exclamó:

—Demostrarían con eso los nobles ser más ruines, que el más ruin de los espadachines a sueldo.

Leonor se puso en pie, roja de indignación.

—Vos no podéis saberlo, pues no sois más que un despreciable pirata.

Y sin más palabras entró en el bohío.

* * *

Los días pasaron y por fin la cadena quedó arreglada. Stout reunió a sus hombres para hablarles.

—Partiremos al amanecer —dijo—. Si hubo algún peligro por la desaparición del “Santa Cruz”, debe haber pasado.

Villegas se estremeció. No podía permitir que el “Revenge” se hiciera nuevamente a la mar y continuara apresando buques españoles. En aquella isla, Diego podía hacer uso de la influencia que

entre los hombres había adquirido y se dispuso a jugarse el todo por el todo con tal de que no se le escapara la ocasión.

—¿Hacia dónde vamos a dirigirnos? —preguntó.

Walter le miró con asombro.

—Hacia donde yo ordene.

—Eso no es una respuesta adecuada —dijo el corsario—. Puesto que somos nosotros los que arriesgamos la vida, creo que tenemos derecho a saber dónde vamos.

Stout vio en la expresión de los semblantes de sus hombres que todos parecían apoyar esta opinión. Como al fin y al cabo en nada podía entorpecer sus planes, informó;

—Nos dirigiremos a la ruta del Caribe a buscar algún buque que nos proporcione botín.

—Yo creo que ya es hora de que regresemos a la Tortuga.

Las palabras de Villegas cayeron como una bomba,

—¿Qué dices? —exclamó el bucanero.

—Digo que es hora de que regresemos a la Tortuga —repitió Diego.

—¿Desde cuándo permito que discutan mis órdenes? —preguntó Stout con un brillo amenazador en los ojos.

—Yo no discuto nada —dijo el corsario—. Simplemente expongo mi opinión. Yo digo que tenemos un buen cargamento de oro que podemos repartir y de cacao que nos comprarían al instante. Además, los esclavos nos proporcionarán mucho dinero. Si reanudamos nuestras expediciones y les dejamos aquí, aunque sea custodiados por unos cuantos bucaneros, corremos el peligro de que enfermen y pierdan valor. Por otra parte la cadena del timón no está bien soldada. El arreglo que se hizo fué provisional y puede volver a romperse. ¿Os imagináis lo que significaría si esto ocurriera en pleno océano? Por esta razón propongo que regresemos a la Tortuga.

Entre los filibusteros se alzaron murmullos de aprobación. Ohando, Pérez de Lerma y Fajeda apoyaban las palabras de su capitán, repitiendo a los proscritos las razones por las que debían regresar a la Tortuga.

De no ser porque los bucaneros daban la razón a Diego, Stout quizá hubiera accedido, pero creyó que se rompía la disciplina de a bordo y no quiso tolerar que sus órdenes se criticasen.

—Eres un muchacho listo —le dijo al español— ; tal vez demasiado y esto puede llevarte a mal fin. Ya has oído mis órdenes.

—Vuelvo a decir que me parecen mal.

—¿Te gusta hablar, verdad? —exclamó Walter. Luego, golpeando la espada, agregó:— Sería mejor que hablásemos al estilo de “Los Hermanos de la Costa”.

Hablar, en el léxico de los aventureros, equivalía a batirse.

Villegas asintió.

—Como queráis, capitán. Pero os propongo que lo hagamos dentro del agua. ¿Aceptáis?

La lucha" dentro del mar entorpecería los movimientos de los esgrimistas, pero no podía negarse. Parecería que temía a aquel descarado español, a quien sus hombres tanto respetaban..

—Acepto.

CAPITULO XII

DOBLE VICTORIA

Villegas se apresuró a despojarse de sus armas, de la camisa, las botas y las medias. Luego se enrolló los pantalones hasta medio muslo y empuñó la tizona,

Stout hizo lo propio. Frente a frente y semidesnudos, los dos hombres tenían un aspecto muy distinto. Walter era bajo y rechoncho, de piel rojiza cubierta de velo rubio. Se inclinaba ligeramente y sus ojos grises miraban con odio al español.

Este semejaba un gladiador romano. La piel bronceada de su cuerpo cubría unos músculos elásticos y fuertes, como el acero. Sus macizos hombros denotaban su fuerza y los movimientos nerviosos de la estrecha cintura indicaban una agilidad asombrosa.

Juntos, marcharon hacia el mar, seguidos por toda la tripulación del “Revenge”. Los filibusteros quedaron en la arena, mientras los dos adversarios entraban en el agua.

Avanzaron hasta que el líquido les cubrió las piernas por completo. Ninguno de los dos hablaba. Sabían ambos que el duelo era a muerte y que nadie intervendría. Para mayor seguridad de que esto iba a ocurrir, los tres corsarios vigilaban a los bucaneros con la mano en la culata de la pistola.

En la puerta de sus bohíos los cautivos presenciaban asimismo la lucha.

Las tranquilas aguas de la caleta sobre las que se balanceaba el “Revenge” resplandecían a la luz del sol.

Los dos aceros relampagueaban al atacarse los enemigos. Chocaron con fuerza las espadas en aquel combate de tritones.

El agua entorpecía sus movimientos y tan sólo dos esgrimistas de gran habilidad podían sostener una lucha como aquella. Se agredieron con saña, buscando un rápido fin al duelo.

Ambos tenían sus razones para que la lucha no se prolongase. Stout deseaba impresionar a sus hombres de modo que se convencieran de que nadie podía discutir impunemente su autoridad. Villegas necesitaba concluir pronto el combate para que no cambiase el estado de ánimo de los bucaneros. Inmóviles se atacaban los dos enemigos, lanzándose furiosas estocadas. Diego se mantenía sereno y frío, parando los ataques de Walter. Stout se enfurecía por momentos. Nunca había tropezado con un hombre que pudiera detener las estocadas que siempre había considerado invencibles.

Y aquel diablo de español no sólo las desviaba sino que le

amenazaba con una tizona que parecía estar en todas partes al mismo tiempo.

Los aceros chocaron con ferocidad. En los semblantes de los dos enemigos se leía el odio que mutuamente se profesaban, de un modo súbito.

Los pies desnudos de los luchadores revolvían la arena que velaba el agua transparente de la caleta.

En tierra, bucaneros y cautivos seguían las incidencias de la lucha. Jamás habían presenciado un combate como aquel. Nunca creyeron que nadie pudiera medirse con el capitán Walter Stout.

Leonor contemplaba fascinada la lucha de aquel hombre extraordinario. Aunque se sentía transida de horror, no podía apartar los ojos de aquel bronceado aventurero que crecía por momentos ante sus ojos. De pronto, Villegas hizo un rápido molinete con su tizona. La espada del filibustero se apartó y Walter Stout cayó con la garganta atravesada.

El agua se ciñó de sangre, mientras Villegas regresaba a la playa. Su piel morena se veía húmeda de agua y de sudor y relucía al sol de los trópicos.

Los bucaneros le rodearon impresionados por su victoria. Nadie hablaba. El español arrojó sobre la arena la desnuda tizona. Luego se volvió a los hombres que le admiraban en silencio.

—Podéis elegir nuevo capitán.

Una voz respondió en nombre de todos.

—Tan sólo uno puede ser nuestro capitán, Diego el Negro.

* * *

La noche había llegado sobre la isla, que fué guarida de Walter Stout y que en aquellos momentos era su tumba.

En la selva unas rocas amontonadas sobre la tierra señalaban la última morada del que fué azote de las naves.

En la playa se veía un sin fin de hogueras luminosas que indicaban el campamento de los bucaneros. Villegas se encontraba celebrando consejo con sus nuevos subordinados.

—Partiremos al amanecer, rumbo a la Tortuga. Cuando hayamos vendido nuestro cargamento y gastado todo el oro, nos haremos nuevamente a la mar.



Los dos aceros relampagueaban al alacarse los enemigos.

Pasaron las horas y los bucaneros comenzaron a tenderse entre las mantas para dormir. Las hogueras se fueron apagando.

En el bohío los cautivos se preguntaban cuál iba a ser su destino si en efecto podían mantener la esperanza que despenara el viejo marino.

Leonor paseaba inquieta por su choza. No podía conciliar el sueño. La pelea de la mañana la había impresionado de tal modo que

cada vez que cerraba los ojos veía a Diego, semidesnudo, luchando espada en mano contra el capitán pirata.

Villegas se alejó del campamento, dirigiéndose hacia la cabaña de los cautivos. Entró sigilosamente en ella y se acercó al capitán.

—Mañana —dijo sonriendo. El marino le miró esperanzado. Luego, el corsario se arrodilló y comenzó a dar sus órdenes en voz baja. Los ojos del capitán se iluminaron de alegría.

—Contad con nosotros —dijo.

Diego se puso en pie y salió de la cabaña. Una vez fuera se detuvo. En la puerta de su bohío se veía a Leonor. El aventurero se detuvo a mirarla. La muchacha se le presentaba más hermosa y más frágil que nunca. Por una vez había abandonado su aire altanero y parecía vencida.

Ella vio cómo se acercaba la alta figura vestida de negro, cuyos movimientos tan bien conocía. Se dio cuenta de que iba desarmado y no pudo por menos de admirar su valor al pasearse de este modo entre aquellos peligrosos proscritos.

Se dijo la muchacha que a la luz de la luna, el aventurero poseía una fascinación más grande que otras veces. Todo su ser respiraba pujanza y dominio y ella, contra su voluntad, comenzaba a sentirse dominada.

—¿No duermes, muchacha? —preguntó.

La joven negó con la cabeza.

—¿No tienes sueño? Mañana comenzamos una travesía muy larga —continuó Diego. Vio cómo ella se estremecía y por un momento estuvo tentado de revelararle toda la verdad, pero pudo más su deseo de mantener el engaño y agregó:

—¿Es que no te deja dormir el recuerdo de los hombres que has enamorado?

Leonor no respondió.

—De todos modos debes alegrarte —continuó Villegas—. En cuanto llegues a la Tortuga nos separaremos y no te molestaré con mi presencia,

—Sois cruel y despreciable por naturaleza —dijo furiosa—. Os gusta torturar a vuestras víctimas,

Diego simuló sorprenderse.

—¿Torturar a mis víctimas? No te comprendo, mocita. A ti no te he torturado.

Encendida de cólera, respondió la joven:

—Sí me habéis torturado. Jamás despreciasteis una oportunidad para molestarme.

—Sigo sin entenderlo —agregó Diego—. No he hecho más que decirte que no te incomodaré con mi presencia. Al fin y al cabo es lo que deseabas tú, porque soy un pirata despreciable, un hombre cruel y

ambicioso, sin sentimientos. —Mientras hablaba, se fué acercando a la joven de modo que ya estaban muy juntos. Con creciente temor la muchacha vio cómo se acercaba aquel aventurero entre cuyos brazos leseaba encontrarse. Se sabía perdida e hizo un último intento de defensa,

—¡Es cierto! —gritó—. ¡Sois el ser más abyecto que he conocido! No os importan los sufrimientos de los demás, con tal de lograr vuestro propósito.

Villegas la escuchaba con una imperturbable sonrisa en su semblante.

—Soy todo eso y mucho más. Tú me desprecias, pero no puedes evitar quererme.

Leonor abrió los ojos asustada y se sintió desfallecer. Aquel aventurero sin escrúpulos había descubierto la pasión que tanto empeño aunque en vano quiso matar. Le faltaban las fuerzas para rechazarle y tan sólo poniendo en juego toda su voluntad evitaba echar los brazos al cuello de aquel pirata moreno y sonriente.

—No es cierto —protestó débilmente—. Yo...

No pudo concluir la frase. Vio con horror cómo el aventurero se acercaba aún más a ella y con toda tranquilidad la enlazaba por la cintura, atrayéndola hacia sí.

Leonor sintió que le abandonaban las fuerzas y, vencida, apoyó la cabeza en el macizo hombro del corsario. Sus manitas se apoyaron en los brazos que cubría la negra camisa. En su oído, Villegas murmuraba:

—Porque tú me quieres, Leonor. Es inútil que intentes disimularlo.

Con fuerza, la estrechó. La muchacha exclamó débilmente.

—¡Canalla!

El aventurero volvió a decir:

—¿Por qué quieres engañarte a ti misma? Me quieres por encima de todo, venciendo a tu voluntad.

Tembló la joven y sus dedos hicieron presa en la camisa. Su voz era casi un susurro cuando repitió:

—¡Canalla!

Villegas sonrió de nuevo. La muchacha estaba vencida.

La estrechó entre sus brazos. Las manos de Leonor subieron lentamente hasta alcanzar el cuello del corsario.

Cuando se separaron sus labios, Leonor quedó un instante inmóvil contemplando el semblante bronceado de Villegas.

Luego, exclamó con desesperación:

—¡Diego! ¡Diego! ¡Mi vida!

CAPITULO XII

LA AMBICIÓN DE LEONOR

A la mañana siguiente, el nuevo capitán hizo que sus bucaneros se levantaran muy pronto. El se encontraba ya en pie y dispuesto para la marcha. A nadie dejó de extrañar la alegría que brillaba en su rostro.

Reunió a los bucaneros para darles órdenes.

—Ante todo, un grupo, mandado por el Vasco, se dirigirá a la nave. Luego, los cautivos, escoltados por el Estudiante y por “Levante” subirán a bordo. Mientras, los demás amontonados en la playa el botín e id a buscar leña.

Rápidamente se obedecieron sus órdenes. Ohando saltó a una lancha con diez bucaneros y se dirigió hacia el “Revenge”.

Pérez de Lerma y Fajeda fueron a buscar a los cautivos y a gritos les hicieron formar, conduciéndolos a la playa. Embarcaron en una lancha y se dirigieron hacia el buque.

Villegas embarcó en una de ellas, llegando al “Revenge” al mismo tiempo que los prisioneros.

Leonor iba en otro bote. La joven permanecía silenciosa, con la vista baja. Una vez que alzó los ojos, su mirada se cruzó con la de Diego. El corsario le dirigió una sonrisa, que la muchacha no devolvió, limitándose a bajar nuevamente la vista.

Villegas se extrañó de esta actitud, pero como ya llegaban a la nave no pudo hablar con ella.

Ohando había colocado a sus hombres de modo que ejecutasen las primeras maniobras. Cuando Diego subió a bordo, cambió una mirada con su piloto. Este le hizo una señal. El corsario contempló la playa.

Los bucaneros cargaban el botín en las lanchas y se disponían a embarcar.

Era el momento mejor elegido. Villegas le hizo una seña a Pérez de Lerma. Este asintió. Luego el capitán miró a Fajeda. Pedro le devolvió la mirada.

Los pocos bucaneros que se encontraban a bordo estaban desprevenidos. Los prisioneros aun no habían bajado a la bodega.

Un golpe de audacia podía darle la victoria.

Villegas empuñó las pistolas que lucía al cinto y las amartilló. Los secos disparos resonaron en el aire claro de la mañana. Dos bucaneros cayeron con el cráneo destrozado. Uno sobre la cubierta y otro, lanzando un alarido, hacia el mar.

Diego desnudó la tizona. Sus tres compañeros descargaron sus

pistolas sobre los demás filibusteros y empuñaron las espadas.

A una voz del viejo capitán, los prisioneros se apoderaron de las armas de los muertos y corrieron, a ayudar a sus salvadores.

Fajeda, según el plan previsto, se dirigió hacia uno de los cañones. Dos cautivos le acompañaban.

Rápidamente cargaron la pieza y apuntaron hacia la primera lancha, abarrotada de bucaneros, que se había hecho a la mar. Los proscritos, alarmados por las detonaciones, miraban con extrañeza su buque.

De pronto, un estampido, que repitieron los ecos de la caleta, asustó a las aves de la isla.

Una bala fué a caer sobre la barca, volcando los filibusteros al agua. Algunos nadaron hacia tierra, pero otros quedaron en el agua, que se teñía de rojo.

Fajeda volvió a cargar el cañón y disparó, esta vez sobre la playa. Una nube de arenarse levantó al tiempo que varios proscritos caían sin vida. Un nuevo cañonazo destrozó dos barcas más.

Los bucaneros contemplaban la nave, sin comprender qué ocurría. Cada vez que se oía un nuevo estampido, se alejaban del mar, hasta que llegaron a ocultarse en la selva.

Mientras, los españoles habían vencido a los filibusteros que se encontraban a bordo del “Revenge” y, a la orden de Villegas, iniciaron la maniobra.

Se tendieron las velas y se izó el ancla. A los pocos minutos el buque se alejó de la caleta.

Entonces, los proscritos comprendieron que les abandonaban en aquella isla desierta y regresaron a la playa, llamando a gritos a Villegas y pidiendo que no les dejara allí. Al ver que nadie les prestaba atención, prorrumpieron en injurias y dispararon sus armas, pero la nave se encontraba ya muy lejos.

Salieron de la caleta, alejándose de la isla donde cosas tan sorprendentes habían ocurrido. Los marineros trabajaban alegremente, realizando la maniobra que les devolvía a la libertad.

Navegaron por el mar azul del trópico. El sol que brillaba en lo alto les pareció a todos el más alegre y más resplandeciente de toda su vida.

Algunos marineros se asomaron a la borda para ver cómo se alejaba la isla en la que tanto sufrieron sin acabar de dar crédito a las palabras del viejo capitán.

Villegas daba alegremente las órdenes, mientras con no menos alegría obedecían los marineros.

—¡Más deprisa! —gritaba el corsario—. Esto es mejor que trabajar en una plantación inglesa.

Luego se volvió a Ohando.

—Martín —exclamó—, pon rumbo a Santo Domingo.

Los prisioneros liberados prorrumpieron en vítores al joven que así los devolvía a su familia, cuando ya todos se creían condenados a una vida mísera de horrorosa esclavitud en las plantaciones inglesas de Jamaica.

Leonor, que cuando comenzó la lucha se había apresurado a ocultarse en la bodega, volvió a salir a cubierta, después de cerciorarse de que todo había, terminado. Doña Guiomar, Peribáñez, Somoza, Calderón y sus demás adoradores la siguieron.

Se sorprendieron al ver a sus compañeros de esclavitud en completa libertad paseando por cubierta y dominando el buque filibustero.

En aquel instante Fajeda arriaba la bandera negra de las tibias y la calavera.

Asombrada, Leonor se volvió para mirar a sus adoradores, que contemplaban estupefactos el cambio sufrido por la nave.

Villegas vio a la muchacha y se dirigió hacia ella, sonriendo con triunfal expresión.

—¡Leonor! —comenzó a decir—. Quiero que sepas...

La joven alzó una mano, interrumpiendo su declaración.

—Soy yo quien debe hablar —exclamó con altivez—. Debéis recordar siempre las profundas diferencias que nos separan y hacen imposible toda relación entre nosotros.

Diego quedó estupefacto. Su semblante bronceado palideció ligeramente. Hizo un gesto de extrañeza y dijo:

—Pero, Leonor, ¿es que has olvidado...?

—No olvido nada —le interrumpió nuevamente la muchacha—. En todo caso, fué ayer cuando olvidé quién era yo y quién erais vos. Olvidé mi condición, para descender a vuestra altura, a la altura de un pirata. —Se detuvo un instante y continuó:— Nada puede haber de común entre nosotros. Nos reunió un desgraciado capricho del destino, pero vencido éste nada puede unirnos.

Con cierta amarga burla, Villegas exclamó:

—¿Le llamáis un incidente desgraciado?

—¿Qué otro calificativo puedo darle sin pecar de mala crianza? Confío en que seréis lo bastante hombre para olvidarlo.

Los marineros, precedidos por el viejo capitán, Pérez de Lerma y Fajeda, rodearon a Leonor y a Diego, escuchándoles con estupor.

Calderón, a quien el hecho de encontrarse lejos de los piratas y entre marinos españoles había devuelto su antigua altanería, añadió:

—Y más os valdría hacerlo, pues de lo contrario me encargaré de castigaros.

Las carcajadas del catalán turbaron de tal modo al barbilindo que no volvió a hablar en todo el viaje.

—Nos habéis salivado —continuó Leonor—, y me preocuparé de que seáis recompensado.

Pero Villegas no prestó atención a estas palabras.

—¿Así que me despreciáis tan sólo porque soy un pirata? —quiso saber.

Orgullosamente, la muchacha respondió:

—Por fortuna, hoy he recordado que yo soy Leonor de Carrizales, una dama de rica cuna, y vos Diego el Negro, un pirata vulgar.

—¿Qué estáis diciendo? —exclamó el capitán del “Santa Cruz”.—. ¿Ignoráis que...?

—Tiene razón —le atajó Villegas con voz seca—. No soy más que un pirata vulgar.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el puente. Una profunda amargura pesaba sobre su corazón. Era una mujer indigna. Se tenía por noble y la ambición más abyecta la dominaba. A pesar del alto concepto en que se estimaba valía mucho menos que Lucero³ y no era la mujer apropiada para un soldado. Todo el amor que por ella había comenzado a sentir se trocó bruscamente en desprecio.

Leonor contempló cómo se alejaba aquella alta figura vestida de negro. Afortunadamente, allí concluía aquel incidente que jamás debió comenzar. Cuando los primeros rayos del sol disolvieron las sombras y los fantasmas creados por la noche, la muchacha comprendió muy bien la locura que había cometido y se decidió a concluirlo. Ella no podía torcer su camino por un gallardo aventurero de piel bronceada. Debía procurar unirse a un noble, como era su propósito, y ahora que el “Revenge” regresaba a las colonias españolas, se alegraba aún más de su decisión.

* * *

Los marineros se agolparon en la borda, lanzando gritos de júbilo.

—¡Santo Domingo!

Era, en efecto, la capital de La Española la que se alzaba junto al mar, con sus blancos edificios de techos rojos. En lo alto de la fortaleza ondeaba la enseña de España.

Ohando le dijo a Diego:

—No tenemos bandera y nuestro barco es inglés. Sería una gran desgracia que en el último instante nos bombardearan.

Villegas negó con la cabeza.

—Ya había pensado en eso. En mi cabina encontrarás un paño azul. Izadlo. Así sabrán de quién se trata.

El “Revenge”, con el —improvisado estandarte en la popa, fondeó en el puerto de Santo Domingo. Un gran gentío, soldados, corsarios, aventureros y gente de mar, acudía al muelle para recibir a su ídolo,

pues por la ciudad había corrido la voz de que don Diego de Villegas regresaba después de una peligrosa y difícil misión en la que nadie dudaba de que había vencido.

El corsario, desde el puente, daba las órdenes con voz seca. Acodada en la borda, Leonor, con su corte de admiradores, contemplaba la ciudad donde se repondría de las fatigas pasadas y desde donde reanudaría el viaje a España. Ni por un momento se dignó dirigir una mirada a Diego. Durante todo el viaje había evitado hablar con él para darle a entender de una manera categórica que todo entre los dos había concluido. Por fortuna, él fué lo bastante discreto para no acercarse a ella.

Lentamente el “Revenge” atracó en el puerto. Leonor pudo ver cómo el gentío se apartaba para dar paso a un oficial de marina al que seguían otros varios y a quien parecían tratar con mucho respeto.

—Es el almirante Montemayor —dijo un marinero a corta distancia.— Muy importante tiene que considerar la llegada de esta nave para que el jefe de la flota de Barlovento venga a recibirla.

A nadie mejor podía indicar quién era, se dijo la joven.

Por la pasarela que habían tendido, don Juan Francisco subió al “Revenge”. La muchacha, y su corte de admiradores, le salió al paso.

—Señor almirante —dijo ella.

Montemayor se detuvo, contemplándola con extrañeza.

—Para serviros, señora. ¿Qué de seáis?

—Soy Leonor de Carrizales, hija de don Beltrán de Carrizales, comerciante de Méjico, de quien sin duda habréis oído hablar.

El almirante hizo un ademán de excusa.

—Lo lamento infinito, pero jamás tuve ese honor —dijo.

Leonor quedó tan sorprendida, que Montemayor debió rogarle:

—Continuad, os lo ruego. ¿Ibais en el “Santa Cruz”?

—Así es. Nos capturaron en alta mar, tras un horroroso combate.

—Os suplico que abreviéis, señora. El “Santa Cruz” no llegó a puerto y supusimos que había sido capturado por los bucaneros. ¿Es así?

—Ciertamente —asintió Leonor molesta por el poco respeto que le deparaba el inquieto almirante.

—¿Sufristeis algún daño?

—No-reconoció la muchacha —, pero ese hombre...

Montemayor se volvió para ver a la persona indicada por la muchacha y la interrumpió con una exclamación de júbilo.

—¡Muchacho! ¡Qué alegría veros de nuevo!

Con increíble estupor, vio la muchacha cómo Diego el Negro se acercaba al almirante, cuadrándole con respetuosa intimidad.

—A la orden de vuestra excelencia, señor almirante.

—Veo que traéis el buque de Stout, ¿quiere decir que...?

El corsario respondió sonriendo:

—Puedo informaros, don Juan Francisco, que el capitán filibustero Walter Stout ha sido muerto en un desafío.

El rostro del almirante se iluminó de júbilo.

—Sois todo un hombre —dijo, apoyando la mano en la espalda del joven—. Vendréis a mi casa a contarme cómo ha sucedido.

Cada vez más extrañada, Leonor no pudo menos que decir:

—Señor almirante.

Montemayor se volvió hacia ella.

—¿Señora?

—Perdonad la intromisión —continuó la joven—, pero, ¿conocéis a este hombre?

Don Juan Francisco le miró un instante como si creyese que se burlaban de su persona. Luego rompió a reír.

—¿Que si le conozco? —dijo—. ¿Si le conozco? Ya lo creo que le conozco. ¿Vos no?

Negó Leonor con la cabeza, pues estaba tan asombrada que no sabía qué decir. El almirante la miró de nuevo. Luego se volvió hacia el corsario, que sonreía. Junto a su jefe estaban Ohando, el alférez y Fajeda, que también sonreían, como si compartiesen un secreto. Montemayor creyó comprender.

—¿No le conocéis? —dijo—. Pues permitidme, doña Leonor, ¿es ese vuestro nombre, verdad?, que os presente a don Diego de Villegas, Marqués de Castro del Río, Grande de España, caballero de la Orden de Santiago y capitán de los ejércitos de su Católica Majestad el Rey de España.

Estupefacta por esta revelación, Leonor no atinó a responder a la cortés reverencia que le hacía el aventurero vestido de negro. Tampoco prestó mucha atención al almirante, que la informaba de que vendría una carroza a recogerla, permanecía inmóvil, diciéndose que había despreciado a aquello que tanto ansiaba. El destino puso en su camino un noble, y no un noble malquiere, sino el famoso capitán Villegas, de quien tanto hablaban los aristócratas de Méjico. El capitán de “El Antillano”, al que nada se atrevían a negarle las autoridades del Caribe e incluso el propio Virrey de Nueva España. Le había despreciado porque no era de su condición, a un marqués, grande de España.

Se dio cuenta de que el almirante ya no se encontraba a bordo y de que Villegas respondía junto a la borda, a las aclamaciones de una multitud curtida y orgullosa, mezcla de bronce y acero, que gritaba con entusiasta fervor:

—¡Capitán don Diego! ¡Capitán don Diego!

Debía sincerarse con él. Quizá aún pudiera rehacerse todo. Recordó que el corsario parecía amarla.

Tímidamente se acercó al joven.

—Capitán Villegas —murmuró.

Se volvió Diego, sin demostrar la menor emoción.

—¿Señora?

Leonor se retorció las manos, sin saber qué decirle. .

—¿Podéis perdonarme, capitán? He cometido un desastroso error —balbuceó.

Villegas simuló extrañarse.

—¿Perdonaros? —exclamó—. No sé de qué me habláis, señora, y no recuerdo a qué error os referís. —Se detuvo y agregó con una sonrisa cortés:— Ahora yo os ruego que me excuséis. Voy a reunirme con mis hombres, los que pertenecen a mi condición y para los que lo único importante en una persona es su valor, su lealtad y su temple.

Hizo Diego una nueva reverencia y descendió por la pasarela.

Desde el buque, contempló amargamente Leonor cómo se alejaba la ambición de toda su vida, que ella misma había despreciado.

fin

Créditos

Titulo:*Diego el Negro*
Textos de J. León
Dibujos de Francisco Batet
Editorial Cliper, 1949
Colección:*El Corsario Azul*

Maquetado a partir de una aportación de *danielus* en ExVagos
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

¹ Venganza

² Así se llamó América hasta el siglo en que comenzó a emplearse su nombre actual

³ Véase “Tormenta sobre Yucatán”, de la misma colección.